

Ya no había miedo en sus ojos,
ni ansiedad en sus manos creadoras.
Me miraba de un modo extraño,
como miran los seres raros, de modo fijo,
pero como si no hubiera nadie dentro.

Alberto Fernández



**Luis
Mariano
García
“Luchó”**



La vida no nos contempla.....sólo contemplamos nosotros y los otros. No hay más regla de medida que la nuestra y la de los otros. Y la vida se nos va de una a otra en función de nuestra autoestima y nuestra experiencia de los demás. Por desgracia eso es terreno abonado a la sorpresa jii y a la Idolatría!!! Amar...se me figura como algo distinto a admirar o envidiar..;es algo más cercano a decidir entender...no desentenderse...la vida te va dando sorpresas positivas... y empiezas a no elegir a los demás.

**EN ESTE
NÚMERO**

Amelia Apolinario
Mi triste izquierda
José M. Fdez. Santana
Las estaciones
Alberto Fdez González
Eloy Calvo Pérez
El Rincón de Cristiane
Alex. de Jesús Rivera
Manuel A Del Rosario
Página 30
Kevin Cotter
**Descarga
tu ejemplar
en
Escritordaniel.es**

Levantado

Diario del doctor Joseph Miller:

La paciente está inquieta. Pobre mujer, hace unas semanas la trajeron, su prometido, el señor Arthur McPerson, fue víctima de un atraco la noche antes de su boda. Los padres de la joven son los respetables Lord y Lady Stanley; debido a ello tuve que reforzar la seguridad del hospital: no fueron pocos los reporteros que asomaron la cabeza. Al principio mantuve la compostura, luego traje los mastines y electrifiqué la verja. Por el momento lo consideran un disparate, pero ha dado excelentes resultados, ¡ni siquiera los pájaros nos visitan! Tal vez si el mecanismo fuera otro y no esos cables enchufados a la silla donde le aplico choques a los pacientes... Mañana vendrá mi amigo Eliot Talmot, juntos queremos patentizar el invento: los perros son caros y los guardias, sindicalistas.

De vuelta a Elizabeth Stanley, la policía quiso hablar con ella, preguntarle si el señor Paul Morris tenía enemigos y aseguró que no.

—Pero fue brutalmente asesinado: lo acuchillaron hasta dejarlo sin sangre—dijo el más inexperto de los investigadores y le provocó una crisis.

Tuve que pedirles que se retiraran.

El detective Philip Harker, contratado por la viuda Morris, se puso en contacto conmigo y tuve noticias que prometí no revelarle a mi paciente. Resulta que el señor Paul era sonámbulo y aunque tomaba medicación para controlar los episodios, estos ocurrieron con más frecuencia días antes del crimen. El ama de llaves atestiguó verlo salir y jura que no estaba dormido.

—El señor Morris tenía un amante—reveló la mujer—. ¡Un hombre!—y relató al detective cómo se puso un chal y salió tras él en mitad de la noche como solo haría una mujer enamorada. Sí, aunque lo omitió, el ama de llaves estaba perdidamente enamorada. La infeliz vio a un caballero besar el cuello de Paul y el detective Harker supone que fue un crimen pasional que intentaron encubrir robando las pertenencias de la víctima. No estoy seguro si va a revelarle la información a la señora Morris.

(...)

A medianoche me despertaron los gritos de Lady Elizabeth, estaba en el suelo, temblando, y hubo que medicarla. Me pregunto qué la alige. Es una pena, hubiera hecho sumamente feliz a Paul o a cualquier otro hombre. ¡Es tan hermosa! A veces la observo, creo que me estoy enamorando. Debí casarme con una mujer y no con la medicina.

(...)

El sanatorio perteneció a una dama de la alta sociedad que decía ser medium. Se juntaba con creyentes y escépticos alrededor de una mesa donde aseguraba contactar difuntos. Cuentan que un día se desmayó durante una de las sesiones y que nunca más fue la misma, decía llamarse Jacques Apolinaire y ser poeta. Comenzó a usar ropa de hombre y enviaba cartas de amor a jovencitas. Fue Josefa De La Rosa, hija de un banquero endeudado, quien se propuso casarse con el francés. La boda se efectuó como cualquier otra, incluso Josefa quedó encinta por lo que no se tomaron en serio las declaraciones de las jóvenes que aseguraban que el francésito era una mujer. La verdad se supo al morir la famosa médium que por aquel entonces nadie recordaba. Josefa, la mujer de una mujer, no volvió a casarse. Dicen que su hijo nunca existió. Cuando quise abrir mi propia clínica, este lugar me pareció perfecto, ¿acaso el amor no nos vuelve locos? Últimamente hago mis rondas muy rápido para estar más tiempo con la señorita

Elizabeth. ¡Oh cuánto disfruto verla aunque no hable! Hoy cuando estaba a punto de ir a su cubículo, una enfermera vino a avisar que tenía una llamada telefónica.

—Es urgente—dijo.

A regañadientes le cedí la medicación de la señorita Elizabeth y fui a mi despacho.

Una mujer con voz llorosa dijo su nombre al otro lado de la línea. ¡Era el ama de llaves de los Morris! ¿Por qué me llamaba? Quise decirle que su amor secreto hacia Paul estaría a salvo conmigo...

—¡Lo he visto!—dijo con la respiración agitada.

—¿A quién?—pregunté.

—¡A Paul!—carraspeó: Al señor Morris. ¡Anoche lo vi levantarse de su tumba! ¡Se levantó como el mismísimo Lázaro llamado por Jesucristo! Fui a llevarle flores... verá, acostumbro a hacerlo tarde, cuando nadie puede verme...—cuando nadie puede cuestionar su llanto, supuse, pero no dije nada y la dejé continuar—. Iba por el trillo del cementerio y de repente el panteón de los Morris se abrió. Me escondí tras una lápida, pensé que se trataba de la señora, pero no. ¡Era Paul! Al menos lo que quedaba de él. Estaba hinchado, su piel era azul con rojeces y un líquido amarillento lo bañaba como si fuera un dulce en almíbar. No pude seguirlo. Las piernas no me respondieron. Estaba tan fija a la tierra como aquella lápida detrás de la que me había escondido. Al día siguiente fui a la tumba y vi que el candado estaba abierto. ¡Dios, perdóname! Pero tuve que abrir el ataúd de Paul. Solo así podría salir de dudas. Esperé encontrarlo vivo: tal vez fingió su muerte y vive en el cementerio, libre, para encontrarse con...—carraspeó, incómoda—. Pero al rodar la tapa, allí estaba su cadáver, el mismo cuerpo en descomposición que había visto levantado...

Hubo silencio, le aconsejé tomar medicación y dije que no estaba loca, entonces le recomendé ver a un sacerdote.

(...)

En la tarde dos enfermeras vinieron a mi oficina, estaban pálidas. Las apuré a hablar y la más joven dio un paso al frente:

—La señorita Elizabeth tiene moretones en el cuerpo y un considerable retraso en el sangrado femenino.

De inmediato fui a examinarla. Su vientre estaba abultado pero no había vida en su interior. *Han de ser los medicamentos*, supuse y los cambiamos por otros. Con las semanas su vientre no hizo más que crecer y aunque varios colegas aseguraron que no estaba encinta, me temí que el cangrejo hubiera desovado en ella como lo hizo en mi madre; no pude hacer más que rezar.

(...)

Hay gran revuelo en la clínica, los enfermeros no dan abasto. Nunca antes las crisis nerviosas de los pacientes habían coincidido y me encerré con sus expedientes a ver qué pudo desencadenarlas. Son casos distintos, resulta imposible que haya un detonador común. Tenemos al pequeño Louis, que salió del vientre de su madre con los brazos y las piernas torcidas como las raíces de una planta y eso es: una planta; no camina, las enfermeras lo sacan a tomar el Sol y su dieta es líquida. Nunca ha dicho una palabra (aunque últimamente emite extraños sonidos con su lengua demasiado larga que le cuelga fuera de la boca) Joey Peterson tampoco ha dejado de gritar. Peterson es un convulso que de tanto lavarse las manos se las dejó en el hueso. Daisy Holmes ha vuelto a arrancarse el cabello y un halo de moscas viste su cráneo pelón. Conrad Mckensi otra vez se llama a sí mismo Galileo y Anne Miller se ha cosido los labios. El único que no pareció inmutarse fue Mihai Ionescu, un sacerdote de Transilvania. Cuando leí su historial no pude evitar estremecerme: fue encontrado en un convento, viviendo en concubinato con las hermanas a quienes obligó a parirle hijos: iban a implantar un nuevo culto, según él, los súbditos de Dios debían reproducirse para traer al mundo herederos dignos de El Reino. Los descendientes varones fueron castrados (asumo que por Mihai) y recibían entrenamiento militar. Las niñas eran puestas en ese corral llamado fe y traían hijas para su Dios de carne. Fue a juicio y lo diagnosticaron como enfermo mental. Cuando vino, nos entrevistábamos a menudo, me hice pasar por creyente y sugirió que deberíamos reproducirnos.

—Es biológicamente imposible entre personas del mismo sexo—le dije, a lo que respondió:

—Hombre de poca fe.

Lo mantuve alejado de las mujeres, especialmente de las histéricas a las que aseguraba podía curar introduciéndoles la semilla del sosiego como mismo Dios Todopoderoso puso en el vientre de la Virgen María el Espíritu Santo. Recuerdo a Mary Jones, una joven aquejada por fuertes alucinaciones a la que Mihai le hizo creer que eran demonios insuflándole órdenes y la infeliz se cortó las orejas. ¿Estaría Mihai detrás de todo aquello? Quise comprobarlo y lo encontré frente a un libro.

—¡Alabado sea Dios por traerlo aquí!—dijo, levantándose—. Juntos podemos deshacernos del striggoi.

—¿Striggoi?—frunció el ceño.

—Striggoi: el muerto que viene cada noche y atormenta a Lady Stanley!

Otra vez Mary Jones vino a mi cabeza y me pregunté si él tuvo oportunidad de encontrarse a Elizabeth en alguna ocasión e infundirle sus ideas. Era imposible: Mihai Ionescu se encontraba recluido en el sótano y salía a tomar el Sol en un área del jardín destinada únicamente para él.

—¿Dice usted que un muerto levantado de su tumba viene a atormentar a Lady Stanley?

Asintió.

—Mesopotamia, 5.000 A.C: Lilitu (Lilith para los judíos) devora el alma de recién nacidos. Grecia: lamia, otra criatura maligna que se alimenta de niños. Antigua Roma: strix o striga: pájaros mitológicos que se nutren de carne humana. Lémures o lame: espectros terribles que roban el alma de quienes los irrespetaron en vida. China, siglo III A.C: exponen sus muertos al Sol para evitar que un chiang-shi se apodere de ellos. Si el p'ai (alma) es muy fuerte, al morir una persona se aferra al cuerpo y lo levanta de su tumba.

—No creo que el señor Morris amara tanto a Lady Stanley—pensé en voz alta.

—Iba a casarse con ella para cuidar su reputación y es precisamente por lo que viene: según escuché fue muerto sin consumar el matrimonio.

—No creo en monstruos. Esas historias solo funcionan para asustar niños...

—El striggoi es un muerto levantado que regresa para alimentarse de sangre. ¿Lady Stanley tiene anemia? ¿Ha visto en su cuello marcas de colmillos? ¿Ha examinado la dentadura de la joven? Las encías se retraen cuando una persona se contagia de vampirismo...

Lo miré, consternado.

—Pero, ¿qué clase de médico es usted?—se exaltó—. Debe prestarle atención cuanto antes a esos detalles. ¡Vaya urgente a revisarla!

Me fui sin despedirme. ¿Qué hacía perdiendo el tiempo cuando los pacientes se mutilaban de forma atroz?

De regreso a mi despacho pasé por el cubículo de la señorita Elizabeth, debo reconocer que deseaba verla al menos a través de la rejilla. Me asomé y allí estaba sobre el camastro, desnuda, con un hombre muerto encima.

Con voz de mujer

Amelia Apolinario, Cuba

Editorial MI TRISTE IZQUIERDA

Voy a hablar de política y no debiera. Esta revista se escribe para todo el mundo, con independencia de sus ideas. Pero no cabe por menos que decir que en España y en el mundo el asunto ideológico está candente, con una lucha fratricida en la que está en juego la propia democracia. Por tanto algo hay que decir, en lugar de hacer como si no pasara nada. Como demócrata que soy (el menos malo de los sistemas posibles), el respeto a los derechos de las personas me parece a mí que debería estar en primer lugar de la lucha política. Hoy en día esta lucha está entre los que creen en la diversidad y los que propugnan un retorno a la identidad clásica del hombre blanco, ignorando los logros en derechos que precisamente les permiten disentir de la actual configuración política de las sociedades occidentales.

Yo, que creo en la distribución de la riqueza, en el pan y oportunidades para todos, he votado casi siempre izquierda. Bueno he votado socialdemocracia. Y ahora me encuentro desengañado ante un mercado voraz a cuyos pies se ha puesto casi todo. Pero miro a mi izquierda y me siento triste de ver como inteligencias preclaras en lo ideológico fracasan a la hora de proponer alternativas reales al mercado neoliberal. Yo entiendo que las cosas que se proponen desde la izquierda deberían ser objeto de consenso pero soy esceptico ante unas ideas que no tienen en cuenta lo que nos define como humanos: el poder y la ambición. Siempre queremos más. Cómo van a cambiar sus ideas las personas a las que le ha ido bien con el mercado libre.

Es insolidario, lo sé, pero la riqueza es el objeto de deseo del ser humano. Hay que pensar las cosas de otra manera y dejarse de brindis al sol en los que la izquierda, la verdadera izquierda, no la socialdemocracia llena de políticas neoliberales para ocupar el espacio de centro, mi triste izquierda es especialista.

No se pueden ignorar el crecimiento de las familias en estos años de democracia. La dictadura del proletariado no es deseable para la mayoría de la gente y ahí están los resultados electorales. Que demuestran, en parte por el fracaso de la educación, quela izquierda, mi triste izquierda sigue perdiendo la guerra contra el fascismo en lugar de ponerse al día y hacer los deberes.





Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº47 febrero 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

Ese día... esa pena

José Manuel Fernández Santana

Había una vez...
un hombre y una mujer
Un día que amanece
y manos que amparan
Ella dijo "tengo nostalgias..."
Él dijo "...de ti"
Y la noche se hizo mañana
(la mañana nunca muere)
Y un mundo de pequeñas palabras
susurros, caricias y ternura
en las que creyeron
y un mundo
que se hizo mañana

mañana que de pronto muere
Esa pena que trepa y queda
pegada...
¿Tú o yo?
¿Quién castiga?
¿Quién cae?
Ese día que llegó como un rayo...
(yo esperé tanto...
¿tú no pudiste esperar una
semana, dos días, una noche?)
Esa tristeza que comparto con
mis lágrimas...
Ese día... esa pena.

Las estaciones

Luis Mariano García “Lucho”



El verano.

Los árboles su aliento,
en sus ondas los eriza,
hilvanando todo viento,
que este reloj inmenso
usa en fabricar tiempo.
Y en la cúpula muda,
del cielo azul asiento
el lenguaje de las nubes
es inextricable lienzo.
Y como saetas lo cruzan
esos vencejos en ciento
grafito e hilo de oro,
retuercen volutas hendiendo.
Son habitantes del viento.
La luna se va metiendo
aerostática y diurna.
Y con ella me oriento
de noche a su mañana,
revive mi cuerpo muerto,
resucita con el alba,
cura todo lo que miento.
De pronto es la tormenta,
que sincroniza latiendo
cuanto corazón escucha,
trueno, el plúmbeo estruendo,
bajo su bóveda crea,
a todo hombre creyendo,
una religión de lluvias
que termina deshaciendo
su oración cuando amaina.

El Otoño.

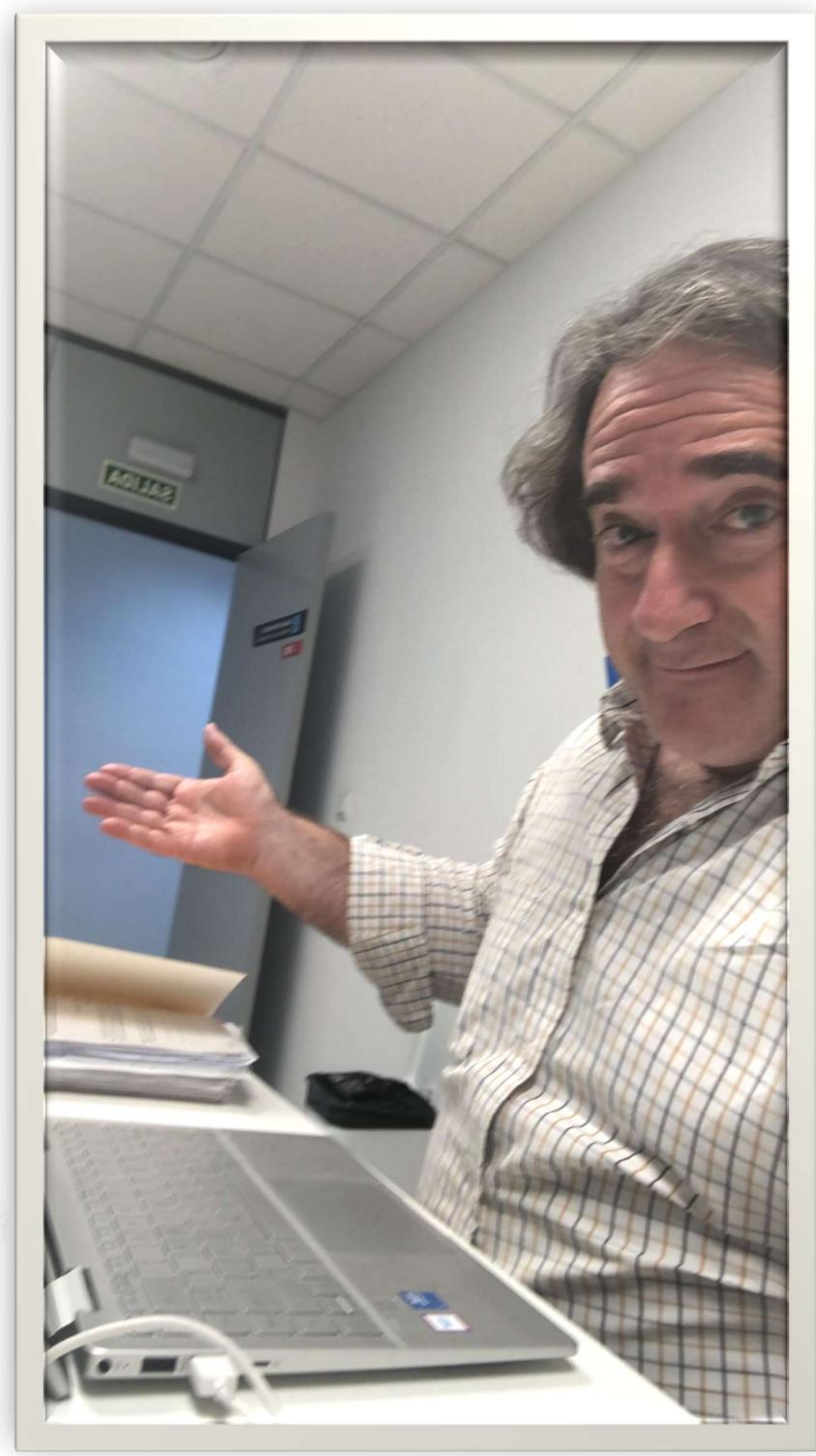
**En sus puntas los amentos
de las ramas ornamento
verdes corazas de escama
que atesoran el tiempo.
Olor a frío fermento
de la tierra empapada,
silencia todo lamento
es la vida la que calla.
Del plumón arrebjado,
hacen los nidos su saya.
El Sol, ahora de plata
engarzado por momentos
de evanescente nácar,
un deshabitado templo
donde las vestales faltan.
Gente de caminar lento
que por los senderos pasa,
vestidos por pensamientos
recogidos de sus casas.
Las horas pasan con tiento,
los hombres pan amasan,
las mujeres tejen lienzo,
esperando a dibujar
una pizquita de aliento.
De alacenas oscuras,
multiplican alimentos,
algunos panes y peces
despistan a los hambrientos
que cubiertos de harapos
son abrazados en sueños.**

El invierno.

**La lluvia cae por la noche
a menudo cuando duermo.
Escurriendo va cayendo
por el vientre del invierno.
Esta agua que no riega,
sólo oxida los hierros,
sólo penetra la tierra,
sólo quiebra el cemento,
ríos pesados de cieno
son como espejos negros.
En las rugosas cortezas
sólo quitinosos restos
cuelgan como las banderas.
Líquen de insectos muertos.
Son como relojes de sol
su sombra marca los tiempos
cuando la luz los circunda
miran al último vuelo.
Son del rastro de las aves
el nostálgico recuerdo.
Los hombres fuman y callan
y las mujeres anhelo
doblan mientras que espantan
años peinando el pelo.
Todos esperan el alba,
así conjuran el miedo.
La noche quieta y calma
reina con su negro hielo.
Esperan a días mejores
cociendo en un caldero.**

La primavera.

**El coro del alba suena
como cascada al tiempo
miles de trinos que alzan
nueva luz desde el suelo.
Y los gorriones mantudos
mendigan como polluelos
a los distinguidos machos
las migas que van trayendo.
El Sol tendiendo el arco
delfín a rey va creciendo.
Los árboles se sacuden
polvo antiguo del pelo
visten verde terciopelo
crían brotes de anhelo.
Trazan cada medio día
doseles sobre el suelo.
Hilos de agua juvenil
van al viejo arroyuelo
con su canto cristalino
colmata los pozos negros.
Los hombres ya perdonados
dicen a las mujeres juegos
que van a despertar,
ritmos de danza y fuego.
Todos olvidan deprisa,
cuanto les pesa un ruego.
Ciegos parecen creer,
La muerte no viene luego.
Y el ciclo se perpetúa
Va caminando de lejos.**



Luis Mariano García

“Lucho”

Ojos de Chamberí

Ya no había miedo en sus ojos, ni ansiedad en sus manos creadoras. Me miraba de un modo extraño, como miran los seres raros, de modo fijo, pero como si no hubiera nadie dentro. Su vida en color había pasado, por culpa de otros ojos, a ser definitivamente en blanco y negro, y yo sabía que cada vez más cerca del negro. Ya no había marcha atrás, y su espejo mental navegaba roto entre oleajes de mares de otros mapas que nunca vio en los libros del colegio. Visto así, a tres metros de mí, me parecía el personaje de una fotografía vieja, de las de antes. Así le veía en aquel último instante, ese en el que agarrado a su maleta apoyaba el pie en la escalerilla del autobús que le llevaría hasta el hospital psiquiátrico. Recuerdo sus ojos mirándome, congelados aún en mi memoria, profundos, pero algo perdidos, quizá ya para siempre. Éramos amigos, los mejores, pero eso ya no importaba. Los que se lo llevaban también tenían los rostros vueltos hacia mí, y yo fingí una sonrisa que se escurría por entre ellos y buscaba los ojos oscuros de mi amigo. Luego su cuerpo se perdió en el interior y yo me quedé mirando la chapa gris, o blanca, o rosa... ¡qué más da! Sabía que no podía entrar y liberarle, y el motor rugió como una mala bestia. Elevé los ojos hacia el cristal trasero, y ahí estaba mi amigo, sentado de espaldas, perdido para siempre, alejándose cada vez más, y yo sabía que nunca más vendría a buscarme, ni me llamaría por teléfono, ni me escribiría, ni se acordaría de mí. Eduardo caía por el brillante tobogán de la locura sin oponer resistencia, sin saberlo, sin retorno...

Mi amigo era extravagante, asombrosamente extravagante. Vivía en un mundo diseñado por él y a su medida. Creo que era un genio, y por ello terminó siendo un loco. Así acaban los genios cuando no pueden contener el embate final de las aguas de eso que nosotros llamamos locura, y que no es más que la composición de un mundo vertiginoso al que no tenemos acceso los mortales de a pie.

Una tarde me contó algo, una pincelada distraída que da el pintor sobre un lienzo virgen, aún sin forma, pero ya con sentido del espacio. El espacio era yo, y me lanzó como un disparo aquella frase que jugaba a pasar desapercibida, pero con acuse de recibo:

-Tengo que entrar en esa estación de Metro. Necesito llegar a Chamberí.

Podría haber sido una frase más, una de esas que se rebozan en decenas de frases ajenas a ella hasta que ahogan su sentido, pero pese a ser tan escueta y no requerir mi concurso para nada, pese a que inmediatamente me preguntó si cenábamos juntos, yo sentí interés por esta supuesta majadería con visos de genialidad; es lo que pretendía mi amigo. Y entonces me contó algo, cosas sueltas, entre risas y movimientos de brazos, gestos y muecas, los pelos algo desordenados, el jersey, la chaqueta, la bufanda y el tres cuartos, aunque ya venían los sopores de febrero, pero eso eran reglas de los humanos vulgares. El tenía otras, y si era necesario llevar abrigo hasta julio, lo llevaría.

Tomamos un café. Yo le notaba nervioso, inflamado el corazón como un chiquillo enamorado, como cuando él mismo emprendía un sueño de esos que le duraban cinco días, pero... ¡Pero qué cinco días! Eduardo se había enamorado, otra vez, a sus 41 años, y no era de algo al alcance de la mano; era un flechazo de dioses, o una saeta de locura, la última, la que le había atravesado el corazón, o una pedrada del destino, que todo pudiera ser. Se había enamorado de un tablón publicitario que estaba -me contó- en los

andenes de la estación de Metro de Chamberí. ¡Qué caprichoso mi amigo! No era cualquier estación; era una estación del Metro en cuyos andenes hacía más de treinta años que ya no paraba ningún tren. Siempre le había atraído aquel tétrico lugar abandonado en mitad del oscuro túnel. Cuando en alguna ocasión íbamos juntos en el Metro por esta línea, él se desentendía de mí entre las estaciones de Bilbao e Iglesia y se volvía hacia el cristal, muy pegadas las narices para evitar los reflejos, y esperaba el momento en que el tren recorría los andenes muertos. Yo le dejaba hacer (a los genios se les deja hacer para no quebrar su fino hilo de seda), acostumbrado ya a sus múltiples excentricidades. A mí nunca me llamaron la atención aquellos vestigios abandonados en el túnel de la línea 1. A decir verdad, si no es porque él me dijo que entre Bilbao e Iglesia hubo en su día una estación llamada Chamberí, yo viviría con esa ignorancia de los nacidos fuera del solar capitalino. Sin embargo, yo notaba que para Eduardo aquello era más que un conocimiento. El necesitaba creer que tras los andenes oscuros había pasillos misteriosos que guardaban el secreto de algún crimen por resolver, o la guarida del Tiempo, o una dama zombi que buscaba los placeres carnales de algún lebrel del presente. Creo que se escapaba de las coordenadas de este mundo y se registraba por unos instantes en las de una existencia a años luz de la que vivíamos el resto de mortales que recorríamos el túnel sin más pena ni más gloria que la de evitar los atascos de la superficie. Eduardo también nos evitaba a nosotros, y a mí, su mejor amigo, cuando los andenes de Chamberí se iluminaban con la intermitencia prestada por el paso del tren de ventanillas corriendo y ajustándose a todos los rincones, entrando y saliendo de los pasillos que partían buscando las escaleras de subida a las taquillas, esas vitrinas de museo que dormían y dormían su falsa existencia. Algun día subiré hasta ellas -se decía a sí mismo cada vez que pasaba por allí-. Nunca le pregunté qué sentía, por qué era necesario asomarse siempre a la estación muerta, qué esperaba que hubiese cambiado desde la última vez que había pasado el tren ignorando sus andenes. Mi amigo era muy estupendo, pero no había dios que le entendiera, así que yo no solía preguntar los motivos de sus conductas estrañafarias. De vez en cuando era él quien me explicaba cosas, pero yo tampoco las entendía; no podía sentir como él; vivía en otro mundo, y su contacto con el entorno era distinto al del resto. Era especial, y lo sabíamos los dos. Ahora le había tocado vivir un extraño flechazo y tenía que ser así, muy distinto a los que Cupido proporciona a los seres grises. Ese día me lo contó entre risas, con gran alarde de gestos y amplios sorbos de café que atropellaban sus frases, pero luego, en posteriores encuentros, noté cómo sus palabras habían perdido la fuerza inicial, cómo se resistían cada vez más a ser pronunciadas, cómo se olvidaban de la fiesta y comenzaban a esconder información. Esa era la señal de alerta: pasada la realidad a través de su crisol, había creado un mundo propio que le costaba trabajo compartir porque decía que el vulgo no se priva de toquetear con las manos sucias todo aquello que ni entiende ni valora. Lamentablemente yo para él era un fleco más de ese vulgo de manos sucias; sí, creo que tenía razón: es indiscutible que hay seres que viven por encima de la media, y medios seres que pretenden vivir a su sombra.

Había sido en una tarde de enero, las 6,30 en el reloj, y el tren en que viajaba se había detenido poco antes de llegar a los andenes de Chamberí. Sus ojos ya iban pegados al cristal de la puerta del vagón nada más salir de la estación de Bilbao. Al cabo de unos segundos, bruscamente, como azuzado por un látigo, el tren volvió a ponerse en movimiento con suavidad, deslizándose en silencio, apenas un susurro de las turbinas, acaso un siseo entre los viajeros; el mundo se calla cuando cesan los estruendos que le arropan. Eduardo estaba excitado: ahora contemplaría sin prisa los vestigios de la historia, observaría el resultado de los quehaceres del tiempo sobre unas estancias abandonadas a su suerte. Siempre había bajado el caudaloso río obligado a no pestanejar si quería cubrir todos los detalles de Chamberí. Ahora iba a recrearse, casi a caminar sobre las baldosas gastadas... y entonces, de otro latigazo, se detuvo nuevamente el tren cuando entraba en los andenes de Chamberí, y mi amigo vio a esa mujer por vez primera. Se protegió de la luz fluorescente del convoy haciendo visera con una mano y miró hacia fuera, a las paredes descarnadas por la humedad, y allí

estaba ella con sus dientes nacarados, su sombrerito ladeado y unas intensas esmeraldas que le miraban. Se quedó atrapado, incapaz de defenderse de aquellos ojos que le invadían con rapidez. No había ninguna duda: le miraban a él, y lo hacían desde la distancia de treinta o cuarenta años. ¿Cuántos años llevaba cerrada la estación de Chamberí?... y desde entonces aquella mujer asomada al paso de los trenes sin parada, por el día, por la noche, en la madrugada, en el invierno cuando los túneles son una bendición cálida, y en la canícula del verano cuando su aliento parece irrespirable... y la mujer no se había movido, ¡ni un sólo instante había abandonado la sonrisa que iba a trastornarle!, y Eduardo seguía atrapado en el mar intenso de sus ojos, abiertos e inteligentes, oscuros los labios, y una cara de porcelana iluminada por las luces del vagón. Entonces el tren reanudó la marcha y comenzó a separarle de aquel rostro femenino, y en un pestaño de luces la perdió en la oscuridad... pero ya era tarde. Se bajó en Iglesia y corrió hacia la boca del túnel buscando los restos de Chamberí, pero sólo vio cómo se alejaba y empequeñecía un tren camino de la estación de Bilbao. Un impulso le sacó del andén, le hizo cruzar las vías y subir a un nuevo tren. Este atravesó los andenes de Chamberí a la velocidad habitual, como si no existieran, y aunque Eduardo iba atento buscando el rostro de mujer que ahora quedaba al otro lado, no consiguió verla. Como un poseído volvió a cambiar de vía en Bilbao para regresar hacia Iglesia; comenzaba a sudar. Sabía que estaba allí, en los andenes negros. La había visto antes. Se cerraron las puertas y mi amigo se ajustó contra el cristal formando unas orejeras con ambas manos. Ahora tuvo más suerte, y nada más lamer el andén de Chamberí la vio al fondo, a la entrada de uno de los pasillos que se internaba hacia los laberintos. Fue un fagonazo de luz, una décima de segundo, el reflejo de una ventanilla cruzando el rostro que aún le miraba. Quieto como una estatua llegó hasta la estación siguiente, y allí despertó para volver a cambiar de tren y regresar a Bilbao. Ahora, pese a que sabía en qué dirección había que mirar y a qué altura del andén se hallaban los ojos claros de la mujer, los reflejos de las ventanillas no llegaban hasta ellos cuando se viajaba en este sentido. Era necesario hacerlo siempre en dirección a Plaza de Castilla, y así lo hizo varias veces más, poseído de una fuerza que le obligaba a buscar continuamente ese fagonazo de décimas de segundo.

A partir de entonces vivió obsesionado con aquella imagen publicitaria, y no pudiendo apartar de sus sentidos los ojos penetrantes de la mujer, abandonaba con frecuencia la realidad y corría al Metro para recibir su dosis de éxtasis en la estación de Chamberí. El deseo penetraba en su cerebro como una esquirla de hueso, abriéndose paso hasta el tablero desde el que activaba los impulsos obligándole, sometiéndole, arrastrándole hasta ella. Abandonaba todo: el propio mundo, la vida, y con gran urgencia recorría los kilómetros que le separaban de la estación. Cruzaba Madrid sin fijarse en nada, sin pensar en nada; convertido en máquina atropellaba todo a su paso, y el corazón se le salía al tomar la línea 1, derecha al corazón de la mujer. La víscera empezaba a funcionar mal, a dispararse en el pecho, y mi amigo sudaba y comenzaba a volverse loco, se agitaba y apretaba las mandíbulas, llegando a su máxima tensión cuando el silbato del tren anunciaba la partida de Bilbao hacia Iglesia, al éxtasis cuando besaba los andenes de Chamberí, con la sangre coagulada en las venas, como todas las funciones de su organismo, la respiración y el propio pensamiento. Su cuerpo hacía el tránsito convertido en un gran objetivo de cámara fotográfica, abierto al destello del fagonazo de ventanilla sobre la tablilla publicitaria una vez, dos veces, tres, cuatro, las que diese de sí el tiempo, porque una vez dentro del laberinto pasional era imposible escapar, y volvía a cambiar de tren, a cruzar, a regresar, a partir, a extasiarse.

Regresaba tarde a casa, con muestras de cansancio, pero con deseos renovados de volver a Chamberí. Si por él fuera, saltaría del tren al interior del túnel y de allí iría a postrarse frente a los ojos de la dama, pero la vida le exigía su ritmo habitual ajustado a las normas, los horarios y las decencias acordadas. Empezó a perder concentración; yo le notaba nervioso, incómodo en todas partes, huidizo de los tiempos muertos que antes empleábamos en charlar de nuestras cosas. No era una situación normal, ni siquiera en él, y terminé preguntándole qué sucedía, de qué tenía miedo. Yo estaba convencido de que tenía miedo, un miedo grande, algún castillo

mental derrumbado frente a él, atrapándole la conciencia (era excesivamente escrupuloso). Entonces se convertía en un fugitivo y se reía escamoteando mi pregunta. Yo no insistía porque, como siempre había ocurrido, acabaría dándome toda la información, aunque de momento prefiriese que otros sinos (en este caso el mío) no interviniieran para nada en el azar del suyo (que ahora debía estar enzarzado con el tema de Chamberí).

Desde el día en que le hiciera la pregunta hasta que le sacaron esposado, sólo nos vimos dos veces más, y en cada uno de estos encuentros constaté que mi amigo se precipitaba por otra de sus terribles fantasías, pero ahora de un modo peligroso. En nuestra penúltima tarde juntos me contó que ya no rendía en el trabajo, que cuando tecleaba en el ordenador acudían aquellos ojos y le raptaban la voluntad, que olvidaba las palabras mercantiles en tanto su cabeza se llenaba del vocabulario de los amantes, y que terminaría llamando "cariño" al jefe de compras de la empresa. Trataba de no pensar en nada para no pensar en ella, pero la esquirla terminaba por incrustarse en su mente y romper su voluntad, y un día dio un paso más hacia el sueño, hacia la locura, hacia el amor. El demoledor poder de aquellos ojos le absorbía su esencia de ser humano, y la voluntad se le iba como un río que esurre montaña abajo. Esa mañana no tomó café a la hora del tentempié, ni el bocatín de bonito con pimientos rojos, ni se juntó con Araceli y las inertes compañeras de Contabilidad; esa mañana salió del edificio, corrió hacia las escaleras del Metro y mordiéndose las uñas esperó su tren para ir a verla, y al día siguiente lo repitió, y al otro, y cada vez robaba más tiempo a su silla en el despacho. Por la tarde también acudía a su cita de Chamberí, y empezó a fumar de nuevo, y a malcomer, y a quedarse en los huesos.

Ahora no nos veíamos. El ya no tenía tiempo y yo andaba ocupado en mis asuntos, ignorante de la evolución de ese doblez mental de mi amigo, de ese bucle artístico que escapaba de cualquier clasificación racional que no lo etiquetara de locura; pero Eduardo no estaba loco, y eso lo sabía yo. En todo caso estaba poseído, quizá por su propia fantasía, quizá atrapado por sí mismo, como vivió muchos años de su vida. Así era mi amigo: se abstraía, se quemaba en sus propios infiernos o sus glorias y mientras tanto desaparecía del mapa, apareciendo luego con un montón de hechos consumados.

Mañana y tarde acudía a su cita en Chamberí, y cada vez con más deseo, quizá mantenido el fuego por la usurera dosificación del placer a una fracción de segundo por viaje de ida y vuelta entre las estaciones de Bilbao e Iglesia. Su jefe ya había notado un bajo rendimiento y un inusual nerviosismo en Eduardo. Continuaba robando tiempo a su puesto frente al ordenador, lo que no redujo su necesidad de invertir las tardes en calmar su pasión cada vez con más horas de viaje entre las dos estaciones: Bilbao e Iglesia. Ahora ya se quedaba hasta que finalizaba el servicio del Metro, calculando el tiempo de transbordo para no perder el último tren hasta su casa. Por entonces ya era un caso perdido, aunque pienso que lo fue desde el mismo instante en que cayó preso de los ojos de Chamberí. Ellos fueron como un canto de sirena de un Homero del siglo XX, y los riscos de la costa eran los de la locura en la que encallaría definitivamente mi buen amigo.

Por fin llegó el día en que perdió el último tren hacia el barrio en ese intento de lamer décimas de segundo al tiempo, viéndose obligado a cruzar la ciudad andando. Era febrero, una noche fría precedida de una tarde de lluvia. Madrid mostraba un asfalto de charol sobre el que navegaban los silenciosos farolillos anaranjados y algún monótono run-run eléctrico recorría las tripas de sus fustes de hierro fundido. Caminaba sin prisa. Nadie le esperaba en ningún lado, ni su teléfono era de los que sonaban de vez en cuando en la madrugada para controlar sus horas de sueño. Sólo podía llamarle yo para proponerle algún quiebro nocturno, y él sabía que yo entendía cualquier ausencia suya. Mi amigo podía zarandear la noche, o retorcerla, o prenderla fuego, pero nadie lo notaría hasta el día siguiente. Con eso contaba él, y a esa libertad debía sus arranques de genio; a la misma que le llevó a la locura de los grandes. Podía acostarse a las tres de la mañana o a las seis, sereno o borracho, sólo o con cucarra. Nadie le pediría cuentas. Yo era su confesor, el

único que tenía acceso a todas sus atrocidades nocturnas. Cruzó Madrid pensando en ella, y la lluvia volvió a caer empapando sus pensamientos, y la llevaba en la cabeza cuando aquel taxi por poco le atropella, y cuando introducía la llave en la cerradura del portal, y cuando se tumbaba a las tres y media de la mañana.

A veces me culpo de no haberle entendido cuando me contó la historia de su necesidad de entrar en la estación de Chamberí. No di demasiada importancia a sus palabras, pues creí que sólo eran parte de una fantasía de velador, pero Eduardo me estaba diciendo que había llegado al margen de la página (ese que no traspasábamos de niños cuando escribíamos en el cuaderno) y que se adentraría en él si nadie lo impedía, y yo era uno de esos "nadie" abotagado de monótonos convencionalismos que no supe distinguir el aviso de la transgresión. Aquella tarde no volvimos a tocar el tema. Eduardo es de los que lanza un vagón cargado de explosivos contra una gasolinera y sigue merendando mientras esta vuela hecha pedazos y él guarda silencio para no interferir en las suertes del destino.

Dos noches más cruzó Madrid andando por haber perdido el último tren en Avenida de América, y no dejaba de maldecir su continuo apurar el tiempo para todo. Mientras caminaba de mala gana iba asumiendo su novedosa dependencia, la nueva droga que le expulsaba de la realidad del resto, y se llegaba a angustiar, pero dos pasos más allá regresaban los ojos de ella y derrumbaban cualquier argumentación como si fuera un castillo de arena azotado por un huracán. Terminaba encendiendo un cigarrillo, inundando los pulmones de humo y apretando las mandíbulas como los héroes nocturnos que siempre vencen a las malas criaturas que brotan de las alcantarillas. Todo era un juego apasionado; no había por qué alarmarse. El destino estaba escrito y apenas importaban los lances de un infame mortal. De momento todo estaba bajo control.

La cuarta noche que perdió el tren de Avenida de América, cuando ya subía resignadamente por las escaleras mecánicas buscando la salida a la calle, el deseo, hasta entonces encapsulado en una burbuja de su mente, estalló y se adueñó de todo el cerebro, cisura a cisura: había llegado la hora de poseer a aquella mujer. Dejó sus pies quietos sobre el escalón que ascendía arropado por su monótono sonido gris-noche, pero mi amigo ya respiraba con ansiedad, y su corazón saltaba vigorosamente, y rechinaba los dientes, y se le había encendido un brillo delator en la mirada. Cambió el sentido de sus pasos y tomó las escaleras de bajada mientras sus dedos rebuscaron en el bolsillo de la gabardina un cigarrillo que acortase el tiempo, y luego corrió saltando sobre los escalones mecánicos gris-noche y se precipitó en busca de los pasillos solitarios que acababa de atravesar en dirección contraria. Tenía prisa por llegar, por entrar, por respirar las oscuras soledades de Chamberí. Quería ser el sometido esclavo de aquellos ojos de mujer.

Paseó nerviosamente por el andén hasta que vino el tren, corrió como una exhalación para transbordar en Cuatro Caminos y tomó el último convoy que bajaba de Plaza de Castilla hacia Miguel Hernández. Sólo un harapiento, tres putas, dos travestis y un pastelero aguardaban la llegada del tren, y ninguno de ellos tenía prisa, pero Eduardo sí, y no dejaba de sudar y de moverse dentro de la gabardina, encendiendo un nuevo pitillo que no quiso apagar al entrar al vagón. No se sentó; prefería pasear de una punta a otra, teniendo a un borrachín que yacía obnubilado sobre un par de asientos, como testigo de su deambular nervioso. Mientras el tren realizaba su último pespunte del día, mi amigo pensaba en la estrategia, poco definida aún, pero no por ello capaz de detener ese impulso febril que le había brotado en Avenida de América. Finalmente pensó en la conveniencia de apearse en Iglesia. Desde allí quedaban más cerca los andenes de Chamberí, y cuando la cinta de megafonía del tren anunció la llegada, Eduardo ya era un montón de pálpitos sudorosos. "En aquellos momentos tenía sensación de menta en la lengua, dulzura en los genitales, abdomen de cuero y viento fresco soplando por detrás de las orejas" -me dijo la última vez que hablamos-. La verdad es que mi amigo era un iluminado, aunque en este caso iba ciego, imparable, decidido, ajeno a cualquier control de la realidad. Quizá el germen de la locura ya le había

penetrado en el riego sanguíneo, y de aquí a la cabeza hay un corto viaje. Ahora la única luz que resplandecía en sus sentidos era la de aquellos ojos vistos a intermitencias de una décima de segundo por cada viaje de ida durante cerca de veinte días de pasión intensa.

Empujó la manivela y las puertas se abrieron al único pasajero que descendió del tren, al último. Calculó la probabilidad de estar siendo vigilado por la cámara de televisión instalada al final del andén. Aquella gente tendría que cerrar la boca de acceso, pero entonces recordó las veces que había sido el último pasajero que abandonaba un andén, y nunca había visto formado un comité de despedida junto a las taquillas. Lo más seguro era que nadie hubiera reparado en él; pese a todo, y como si con ello lograra difuminar su escuálido cuerpo en el éter, metió la barbilla contra el esternón, fundió los brazos con el cuerpo y avanzó de puntillas y algo escorado hacia la boca del túnel. Poco a poco fue desapareciendo el estruendo del tren que acababa de abandonar, y luego le oyó detenerse en Bilbao, tocar el silbato metálico y partir hacia Tribunal. Ese era el momento. Barrió de una mirada los andenes para asegurarse de que todo estaba bien, y se descolgó por la escala hacia las vías. Después, despacio y aún de puntillas, fue internándose en la oscuridad del túnel.

Las bombillas del techo, una luminaria cada veinte o veinticinco metros, no servían nada más que para indicar por donde iba la costura que unía las dos partes de ese universo negro creado bajo el asfalto. Poco a poco, a medida que se alejaba de la estación, sus ojos fueron acostumbrándose a la tiniebla y descubrieron que los carriles recogían la mortecina luz y marcaban el camino, pudiendo distinguir finalmente los burladeros negros, y los haces de cableado, y la sombra de alguna rata desconcertada. Luego vio, recortados limpiamente contra la negrura, los altares de Chamberí, débilmente dibujados en aquella fantasía negra, y se quedó quieto para contemplarlos mejor, la mínima curva de sus andenes, como una maqueta dormida en un rincón a la espera de la mano del niño que la dote de vida. Entonces sonó el silbato del tren desde algún punto del túnel, y luego el golpeteo de las puertas y un escupitajo de gases comprimidos. Eduardo salió de su éxtasis, corrió hacia los andenes muertos, trepó a ellos y se agazapó en una de las salidas. Para entonces los faros del último tren de bajada a Plaza de Castilla comenzaban a barrer las paredes de Chamberí, y mi amigo le vio pasar, las luces ámbar, las ventanillas de fluorescentes con los últimos bohemios de resignada cara de estupefacción, las luces rojas que se llevaban el amenazante galope de las ruedas sobre el carril.

El corazón de amigo empezaba a hacer cabriolas raras, y el aire parecía escaso para mantenerle vivo, y los miembros se le cansaron súbitamente: estaba cerca de ella, a unos pocos metros, y tenía la noche entera para contemplarla. Respirando con dificultad, sudando y a punto de perder el control sobre sus esfínteres, Eduardo escuchó cómo se detenía el fugitivo tren en Iglesia, y sacó un encendedor, y luego sonó el silbato, y él ya estaba frente a la mujer, buscándola aún con ansiedad, y volvió a sonar el galope de las ruedas sobre el carril, alejándose, y su corazón también galopaba con estrépito, y sus manos acercaron la temblorosa llama hacia ella. Aquel encuentro fue grandioso, y a mi amigo se le escapó un sonido gutural, mitad de bestia mitad de humano, y sintió cómo todo su organismo se convulsionaba ante la sonrisa de Chamberí.

- Así que tú eres Chamberí -se dijo a sí mismo moviendo imperceptiblemente los labios mientras regresaba de los cielos -. Eres grande..., inmensa...

Apagó el encendedor que ya quemaba sus dedos, y pensó rápidamente en poner a salvo la tablilla publicitaria. Trabajó en la oscuridad hasta arrancarla cuidadosamente de la pared combada y la arrimó contra su cuerpo, sintiendo cómo el fuego de un alto deseo le devoraba, cayendo de rodillas con ella abrazada, los ojos cerrados, el cuerpo en un temblor de éxtasis.

Huyó con ella fuera de los andenes buscando dónde depositarla que mejor resplandecieran sus ojos verdes, que más brillaran sus labios rojos, que más hiriera la intención de su mirada, y alumbró uno a uno los rincones transitados por el tiempo de olores rancios y a humedades, hasta dar con una escalera que arrancaba del vestíbulo principal y que cobraba claridad a medida que se

ascendía por ella. Arriba estaba el paso cortado, un muro de cemento y rasillas separándole del mundo de la superficie, pero, ¿quién quería salir? La claridad penetraba por un pequeño respiradero abierto a la escarcha de las aceras, pero abajo no hacía frío. Colocó a Chamberí frente a sí, iluminada su sonrisa por los reflejos anaranjados de una farola, cobrando inusitada viveza los ojos de gato que no dejaban de mirarle, y mi amigo estaba a punto de ser pasto de las llamas de una pasión que no dejaría piedra sobre piedra, y perdido entre los ojos de la joven, buscando con fuerza el origen de aquella mirada, se durmió arropado por la penumbra. Daban las 2.30 en el campanario de la Parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel mientras por el túnel corría un tren de servicio que arrastraba voces de hombres de mono azul haciendo su adoración nocturna entre risas, chascarrillos y bocadillos de panceta.

A las tres de la mañana se despertó perdido, y al incorporarse sobresaltado para escapar de tamaña oscuridad, se golpeó la cabeza contra algo y se contrajo quedándose en cuclillas mientras recordaba dónde estaba, mientras se dejaba cazar nuevamente por las frías esmeraldas de Chamberí. Fuerza el viento bufaba, y la noche olía a aquellas de su infancia cuando regresaban a casa andando por buscar un taxi libre. ¡Qué bien olían aquellas, y qué felicidad en el Madrid infantil carente de cuadriculas y límites...! Tal vez allí mismo, sobre las aceras de Santa Engracia, o vigilado por la sonrisa maravillosa de la dama del sombrerito.

Necesitaba caminar, estirar las piernas y huir de aquel hechizo para pensar con claridad qué es lo que estaba pasando. Bajó las escaleras y llegó al andén, y luego a las vías. Pronto se hizo a la penumbra de las mortecinas bombillas que marcaban el camino entre Iglesia y Bilbao, y encerró sus pasos entre los carriles de subida y de bajada. Necesitaba un cigarrillo, llenar los pulmones de humo, saturarse y dejarlo escapar despacio mientras las fantasías inundaban su cerebro. Ya hacía dos meses que decidió volver a fumar. Había guardado una abstinencia de otros dos, lo que no respondía a su promesa de decir adiós de por vida al tabaco. Caminó como si fuera flotando, un paso por cada traviesa, dos latidos por cada paso, una calada cada doce latidos, hasta que divisó los andenes de Bilbao, iluminados y desiertos. El silencio le cernía como una manta (hasta llegaba a escuchar su roce), y sólo algún traspiés o el vehículo de algún condenado de la madrugada cruzando sobre las rejillas de ventilación, rompían la paz de ese apartado del cosmos bajo tierra. No podía dejar de pensar en ella, y caminaba con los puños apretados de pasión, la mandíbula encajada, y los ojos empequeñecidos por el deseo. En su mente, tallados a cuchillo y empotradas en su voluntad, las esmeraldas de Chamberí, la cascada de su pelo torturándole los sentidos, los labios rojos quemándole de carmín y llamándole en un susurro desde todos los rincones del túnel: "ven... ven... ven..." Y mi amigo regresaba (mitad zombi, mitad amigo) hacia Chamberí, como un Ulises despistado en el siglo XX guiando sus naves hacia los peligrosos riscos de la locura. Imaginaba cómo sería su talle, sus piernas, cómo los zapatos de alta aguja acharolada, cuál el perfume que dejaría instalado en una larga estela a su paso... y luego pararse a respirarlo, a inhalarlo, a inocular uno a uno todos sus átomos en el riego sanguíneo hasta llevarlo al corazón, y distribuirlo generosamente a los sentidos, y amontonarlo todo junto al sexo: zapatos, perfume, piernas, manos y esmeraldas, cascada de pelo, labios rojos y gorrito ladeado.

Al amanecer, la claridad fue inundando el rostro de Chamberí, dotando de vida sus facciones y retirando de ellas la luz anaranjada de la noche. Vista así era terriblemente más bella y provocativa, y sus ojos penetraban como dos cuchillos en la conciencia de mi amigo, y este volvía a desearla, a apretar los puños y encajar la mandíbula, a sentir el hormigueo caliente merodeando su sexo. Los trenes llevaban circulando más de dos horas por el túnel, y habían cambiado las escasas caras estupefactas de la madrugada que viajaban en su interior, por los cientos de caras inexpresivas que aún no habían terminado de salir de la noche y ya se veían impelidas a pensar y tomar decisiones sobre el resto del día. Ahora la frecuencia de paso era muy alta en los dos sentidos, siendo continuo el traqueteo de los trenes, los silbatos, el abrir y cerrar de puertas y dejando colgado en el éter negro la vocecilla de megafonía interna anunciando la próxima estación.

Eduardo la besó en los labios y bajó hasta las vías. Llegaba tarde al despacho. Hasta el día anterior era otra de esas caras que viajaba sin expresión camino del trabajo. Ahora estaba bien despierto; corrió por el túnel de burladero en burladero y sintió su pequeñez cuando el gran gusano rojo le obligó a refugiarse en uno de ellos mientras él pasaba majestuoso a un palmo de sus narices, apretado contra la pared, silbando el huracán de olores metálicos. El fin del mundo tenía que ser algo muy parecido.

Por la noche regresó junto a ella. Consigo llevaba un bocadillo, una linterna y una manta vieja. Subió por la escalera mientras las ratas huían de la luz y el último tren que subía a Plaza de Castilla cruzaba los andenes. Luego dirigió el haz hacia Chamberí y la contempló largamente.

Buscó un rincón cálido donde pasar la noche envuelto en la manta, y encontró una trampilla con un cerrojo que no dudó en forzar para ver qué había tras ella. Era una plaza pequeña, un banco abandonado en una esquina, un árbol sin hojas, y el inmenso silencio de la madrugada bañada por un farolillo que hacía guardia en uno de los ángulos. A partir de entonces esa sería la gatera por la que Eduardo se descolgaba de la realidad hacia los fosos de la dulce locura. Al hacerlo siseaba su nombre a medida que avanzaba en la penumbra: "Chamberí". "Chamberí". "Chamberí". Luego conectaba una, dos, tres, las cuatro linternas que la iluminaban como a una estrella y en una comunión intensa la poseía, notando siempre cómo la fiereza de sus ojos esmeralda le horadaban el pecho. Eran momentos en los que Eduardo podría matar por ellos, o morir, renegar de todo y condenarse eternamente. Los ojos de Chamberí habían sido creados para someter, y todo mortal que fuera atraído por su ánima dependería de ellos hasta volverse loco. Y mi amigo fue siendo tragado por las arenas movedizas, consumiéndose en la pasión verde esmeralda, anulando su hasta entonces férrea voluntad. Ojos por la mañana, la primera visión del alba; ojos cuando tronaba el primer tren que inauguraba resoplando en el túnel; ojos cuando le llegaba el chicharreo del acordeón que tocaba el ciego de la placita; ojos por la tarde, cuando comía el bocadillo que le mantenía vivo; ojos cuando empujaba la trampilla de madrugada y se acercaba a la fuente a calmar la sed del día. Ojos cuando decidió romper con el mundo y vivir encerrado siempre con Chamberí. De ellos dependía y a ellos se debía. Se pasaba las horas muertas respirándolos, construyendo el resto de la mujer oculta y a su medida, llenando de paz su mente en tanto luchaba en el mar embravecido del deseo... labios, dientes en una sonrisa a medias, cutis blanqueado... rojos de carmín y verde de esmeraldas... Mares de Chamberí.

Eduardo se había retirado completamente de la circulación. Nunca le habían importado un comino las reglas de los demás, nuestros mundos y nuestros problemas. En el fondo nos despreciaba. Ahora se daba a sí mismo la razón. La vida, el fuego, la pasión que mueve el cosmos, el instante eterno de la existencia se encontraba en aquellos dos ojos que le mantenían preso. No era amor; tampoco era un simple deseo carnal. Aquella mujer que se asomaba a sus instintos, que roía la raíz que le ataba al cosmos, era una diosa que le había raptado para su jardín terreno, y mi amigo llegaba al éxtasis en esa esclavitud de amor perverso, de prisión carnal y de renuncia a las luces de la cordura. Por fin había rasgado el velo de la ignorancia y lo había traspasado. Atrás quedaban las normas escritas de los mortales, sus miedos, su libertad recortada, su estricta hipocresía. En el altar de Chamberí no había lugar para nada de eso. Bastaba con saberse preso del fuego verde de sus ojos para palpar el estruendo de los sentidos. Con sólo acercarse a sus labios bramaba limpio el aullido del placer, y no había barreras, ni relojes controlando el tiempo, ni espacios reducidos donde el pecho no pudiera inflamarse. Chamberí debía ser una diosa que andaba esperando a algún loco, o una diosa con acceso a los archivos del destino, conocedora de las flaquezas de mi amigo Eduardo. Quizá por eso estuvo aguardando más de treinta años en los andenes de la estación abandonada.

Para marzo ya estábamos todos preocupados por su suerte. Sus padres me habían telefoneado; su novia también. Del trabajo le mandaron dos cartas certificadas en las que se le instaba a justificar su ausencia en el Departamento de Compras. La policía se cubría las espaldas con algunas preguntas por el vecindario y un rastreo por las mafias de la droga y la prostitución; no podían hacer nada más por un ser que desaparece de la noche a la mañana como si se lo hubiera tragado la tierra. Para entonces Eduardo era un esqueleto de huesos sucios y malolientes. Aún tenía dinero para comprar de vez en cuando un bocadillo en la placita de la gatera, y cuando el rufián ciego dejaba de tocar el acordeón y abandonaba su cálido rincón para sajar la buena voluntad de las otras amas de casa de las otras plazas, mi amigo reptaba guiñoteando y confuso, llevando en sus manos el cartón piedra de la diosa Chamberí. La apoyaba contra la escuadra del desconchado edificio levantado sobre los túneles y se sentaba junto a ella a disfrutar del magnánimo sol. Sus huesos ya estaban acostumbrados a la humedad nocturna, pero lo cierto es que ya no dejaba de toser como los perros, y tenía los ojos tan pitir rañosos como los gatos con moquillo. Desde aquel rincón al que ya nadie se acercaba (los vagabundos no merecen compasión, sobre todo si no saben tocar ningún instrumento), Eduardo contemplaba cómo pasaba la vida por la historia de los demás, que no por la suya. El era una simple hormiga que salía del agujero a comerse un bocadillo, pero nada tenía que ver con esos vulgares seres que aún andaban persiguiendo al autobús de los sentidos. Entonces miraba a su diosa y la hacía un guiño de complicidad y la ofrecía pan, y la chistaba para que no desviase su mirada de él.

Se convirtió en un especialista de la noche, y también le gustaba salir. A la 1,45 bajaba el tren de Plaza de Castilla, y a la 1,58 subía el de Miguel Hernández. Entre uno y otro se bajaba a los andenes y con un viejo cepillo que debió prestar su último servicio cuando él aún no había recibido la Gracia de la Sagrada Comunión, barría por parcelas: cada día un poco más hasta que terminase con toda la estación, y luego la decoraría, y luego la iluminaría, y luego compraría la estación, y más tarde el Metro, y luego viviría con Chamberí en un palacio construido en la estación de su nombre, y pondría jardines, y... Mi amigo se iba en delirios irreversibles y en toses tuberculosas, y en flaquezas anémicas. Alguna vez le sorprendía un tren de carga en servicio, de esos que circulan a últimas horas y cuando los viajeros duermen en sus casas, y a este no le pillaba el truco por mucho que estudiaba la frecuencia. Entonces tenía que abandonar el barrido y el arrancado de la pintura descarnada, y correr a ocultarse en el pasillo de salida a la calle Santa Engracia. Luego el silencio reinaba hasta las 5,54 en que subía un tren hacia Plaza de Castilla, que seguramente era el mismo que a las 6,13 bajaba en dirección a Miguel Hernández. Disponía, por lo tanto, casi de cuatro horas de paz que invertía al principio en pasear desde Iglesia a Bilbao y viceversa. Previamente situaba a su diosa sobre los andenes, como si fuera la dama que presencia el duelo a lanza de su jinete protegido. Luego, al igual que Robinson descubriera la llegada a su isla de los hombres caníbales, Eduardo advirtió de vez en cuando la presencia de cuadrillas de obreros que recorrían el túnel con las grandes llaves inglesas y farolillos de aceite. Afortunadamente solían ir en grupos de tres o cuatro y eran lo suficientemente ruidosos como para levantar la liebre. Mi amigo, la madrugada del descubrimiento, corrió hacia Chamberí, la protegió con el pecho y huyó por las escaleras hacia su guarida; el pobre llegó asfixiado y con ojos de pavor. Luego bajó despacio y esperó a que la procesión de luciérnagas intrusas desapareciera. Nunca más expuso a tales riesgos a su diosa, y los paseos se acortaron en el tiempo, lo imprescindible para fumar dos o tres cigarrillos y componer un par de estrofas que anotaba en un cuadernillo y depositaba junto a ella.

La última vez que le vi acababa de entrar la primavera. El llevaba una bolsa de mercería "La Dalia", y si yo me quedé de piedra al verle, él ni siquiera se inmutó. Dudo que me conociera. Me pidió dinero, y yo le di 2000 pesetas viendo su lamentable estado, y pensé que hablaríamos, pero cuando le fui a coger del brazo me miró con pavor, seguramente el mismo que tenía ante los caníbales del Metro,

y salió huyendo. Corrí tras él, pero le perdí en la plaza de la gatera. No sabía por donde podía haber tirado: aquella plaza sólo tenía una salida.

A partir de entonces los hechos se precipitaron. Comuniqué a la policía la zona donde desapareció mi amigo y la triste apariencia física que portaba. Eduardo volvió a atrancar la trampilla de salida al exterior (era mejor no correr riesgos) y aumentó su vigilancia hacia los duendes de mono azul, pero en una ocasión resbaló y golpeó el suelo con el zapato, lo que atrajo la atención de un oteador que llegó a saltar al andén abandonando la cañada. Por fortuna para Eduardo sólo lanzó dos fogonazos de linterna sobre el pasillo del que arrancaba la escalera en la que mi amigo se convirtió en estatua, pero dos días después otro ruido atrajo la atención de otro individuo de la cuadrilla, y en esta ocasión fueron dos los que saltaron al andén, llegando incluso a subir varios peldaños por la escalera.

- ¡Hostias! ¡A ver si va a haber fantasmas!
- ¡Tú sí que eres un buen fantasma!

Y todos rieron y se golpearon mutuamente, desapareciendo con sus lámparas túnel abajo. Desde aquella madrugada Eduardo suspendió los paseos nocturnos y economizaba el uso de las linternas, decidido a morar hasta la muerte en el reducto donde tenía instalado el altar de Chamberí. Allí la amaba en un juego carnal de diosa y humano, dormía, defecaba y orinaba, la hablaba en delirios y comenzaba a toser sangre. Y fue uno de estos golpes de tos el que alertó a la cuadrilla de la noche del día 27 de marzo, la que con gran lentitud se dejó guiar por aquella tos de lobo moribundo y llegó hasta el altar de Chamberí.

El informe policial era escueto: "Eduardo Corralón Monforte, vecino de Madrid y vagabundo casual por trastorno de sus facultades mentales, ha sido hallado en la madrugada del día de hoy guarecido en una zona peligrosa de la abandonada estación de Chamberí. Cuando la patrulla 312 del distrito, alertada por la cuadrilla 36 del Metro de Madrid, se personó en dicho lugar, el vagabundo se encontraba semidesnudo, vistiendo unos "pantys" de mujer y calzando zapatos de tacón. Tenía los labios embadurnados de carmín y varias heridas en el pene. El vagabundo puede ser un "travesti" aquejado de algún trastorno mental que ha buscado refugio en el lugar descrito forzando una trampilla de acceso a las instalaciones de la Compañía, sita en una de las plazas del barrio. El vagabundo vivía sobre sus propios excrementos y orina, y como únicas pertenencias están dos bolsas de mercería "La Dalia" y una caja de zapatos del número 37. Ante nuestra presencia intentó huir, llevándose los restos de un viejo anuncio de jabones Heno de Pravia. Ante la imposibilidad de abrir la trampilla de acceso a la plaza citada anteriormente, se enfrentó a dos de los agentes, pero su mal estado de salud le hizo desistir de cualquier intento, siendo esposado y conducido a la enfermería de..."

Cuando a mi amigo le sacaron semiconsciente del túnel de Chamberí, estaba detenido sobre la vía el tren de las 5,54, ese que debe ser el primero en cruzar los andenes abandonados cuando se reinicia la jornada. Le llevaron hasta la estación de Iglesia, y allí comenzó a gritar y a retorcerse, y juro por Dios que sólo pedía rescatar la imagen de Chamberí, pero a empujones y gritos de ¡maricón de mierda! le sacaron del Metro y le introdujeron en una ambulancia del SAMUR.

Yo fui a verle al hospital y poco a poco me lo contó todo, aunque él ignora a quién ha hecho su confesión. Mano sobre mano se lamentaba continuamente de lo solo que ahora estaba sin aquella mujer del Heno de Pravia, y tuve que besarle cuando me despedí,

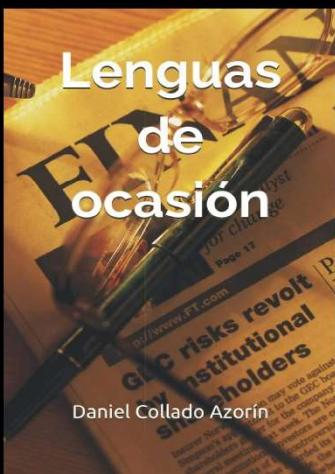
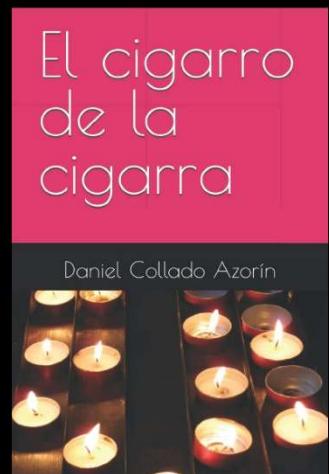
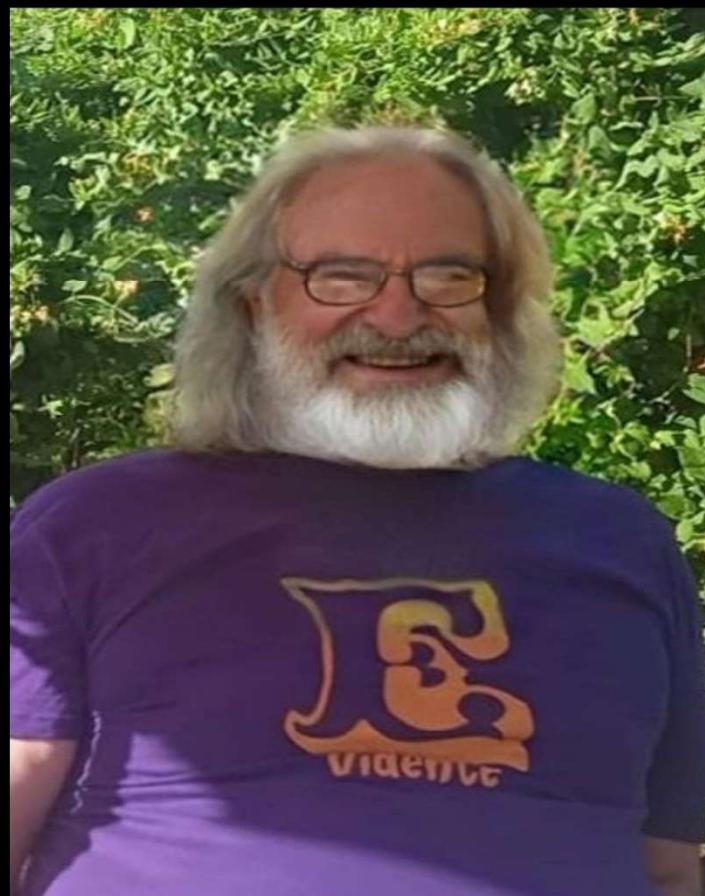
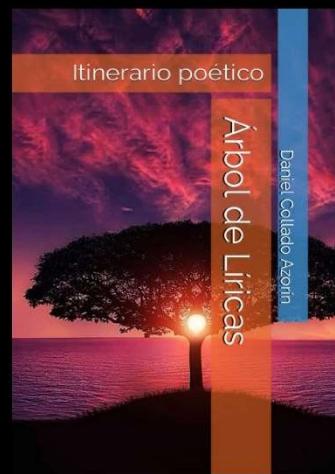
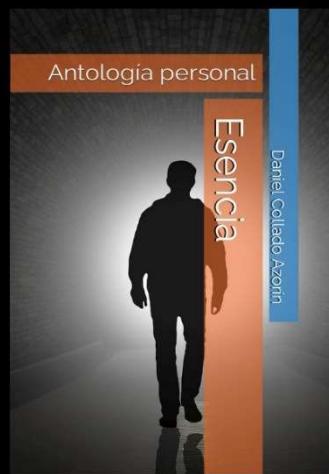
porque se me venía el mundo a los pies al comprobar la soledad de los locos en el mundo de los cuerdos, y entonces alguien susurró desde algún ángulo de la habitación: "debe ser otro maricón..." y salí a la vida con el corazón metido en un puño y la mirada perdida.

Ahora, cada vez que paso por los andenes muertos de Chamberí, clavo mis ojos en cualquier punto del interior del vagón, pero nunca me dejaré tentar por las sombras que atraviesa el tren. Sé que ella sigue allí, con sus esmeraldas verdes, con sus labios rojos y su cascada de pelo rubio. Está allí desde hace más de treinta años, y probablemente seguirá dentro de otros treinta. Los dioses siempre sobreviven al ataque de los mortales, y para vencerlos les vuelven locos. Y así mi amigo pagaba su osadía de pretensión amorosa con una diosa del Olimpo subterráneo, y ahora me había mirado de un modo extraño, como miran los seres raros, de modo fijo, pero como si no hubiera nadie dentro. Poco después el autobús que le llevaba al hospital psiquiátrico desapareció tragado por una nube de humos negros.

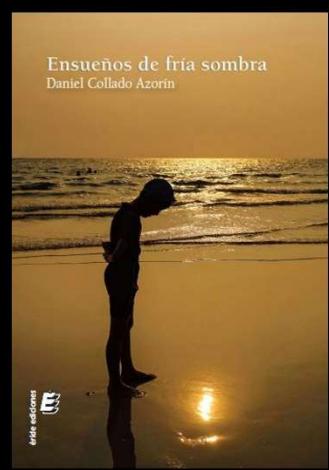
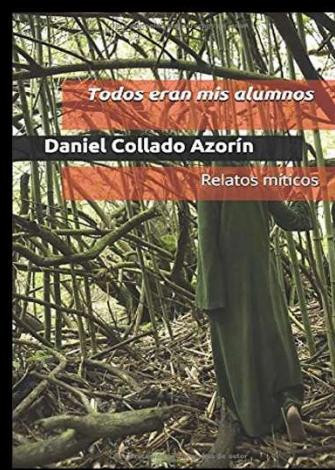
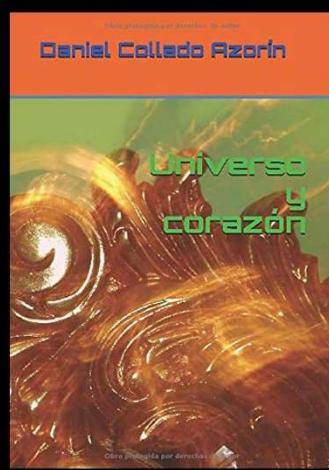
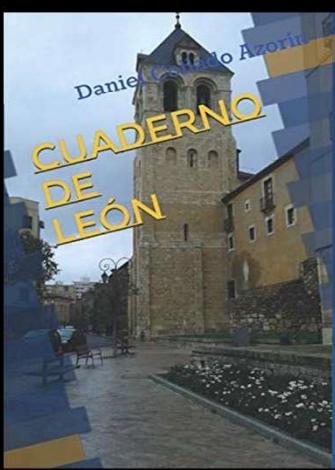
Regresé a casa y recogí el correo. En el buzón tenía dos cartas del banco, una de Juanita, dos ofertas para un curso de inglés por correspondencia y un pasquín publicitario de jabones Heno de Pravia.

Alberto Fernández González





escritordaniel.es



La Papelera de los sueños (II)

Eloy Calvo Pérez

CUANDO EL CORAZÓN Y LA MENTE NO SIENTEN LO MISMO

Acababa de sentarse cuando sonó el teléfono. El inspector Soninké esperó casi un minuto antes de descolgar el auricular. No dejaba de ser un gesto pueril, pero por desgracia eran actos de ese tipo los únicos que permitían a los policías vengarse de los ultrajes y agravios que voluntaria o involuntariamente cometían con ellos sus superiores.

Nada más colgar, el inspector Soninké se levantó rápidamente de la silla y con el rostro menos alegre que el que le acompañó al entrar esa mañana en comisaría se dirigió al aparcamiento, arrancó el viejo jeep que tenía asignado desde que llegara a la Comisaría Central de Johannesburgo y puso rumbo dirección noroeste. Tenía por delante algo más de tres horas de viaje.

El inspector conocía bien el lugar al que se dirigía pues, no en vano, había nacido en una aldea de la región. El Parque Nacional de Pilanesberg era un bellísimo paraje natural situado en el interior del cráter de un volcán que llevaba extinto muchísimos años y cuyas erupciones más importantes habían tenido lugar hacía más de mil doscientos millones de años.

Era la segunda ocasión que el inspector Soninké visitaba el parque con carácter oficial y, la verdad sea dicha, no le habría importado hacerlo por una razón similar a la primera, pero por desgracia el motivo era mucho más serio. Si aquella primera vez el desplazamiento tuvo lugar para esclarecer el motivo que había llevado a alguien a realizar unas pequeñas perforaciones en distintas zonas del parque, en esta debería enfrentarse a algo más serio que unas pequeñas prospecciones a fin de conocer la existencia o no de determinados minerales raros, existentes únicamente en zonas volcánicas. Nada más acceder al recinto de la reserva natural el inspector Soninké se dirigió a la oficina de los vigilantes del parque y, tras identificarse, un agente uniformado le acompañó al despacho del director. Allí, por espacio de una hora escuchó por boca del responsable de la reserva lo que sucintamente y

horas antes a través del auricular le había transmitido su inmediato superior. A continuación, un par de agentes del parque le acompañaron al lugar donde se habían encontrado los cuerpos. El trayecto les llevó escasamente diez minutos y durante todo ese tiempo el inspector Soninké tuvo la sensación de un *déjà vu*, aunque no era una situación que hubiera vivido anteriormente.

No había vivido nada igual, pero de la misma manera que no le extrañó que tales hechos hubieran tenido lugar no necesitaba que nadie le contara los motivos que habían llevado a los autores a cometer las muertes ni el *modus operandi* ni tampoco quién podía esconderse detrás de una acción criminal de tal magnitud. El inspector Soninké no sabía nada del infierno de Dante ni de sus nueve círculos, pero si conocía la expresión y, desde luego, si se hubiera visto obligado a describir lo que vieron sus ojos nada más descender del vehículo lo habría definido como un espectáculo dantesco.

Con una mezcla de pena y rabia los ojos del inspector fueron recorrieron lentamente los cadáveres del centenar de animales que aparecían esparcidos e escasa distancia de una de las charcas a las que acudían cada día a beber muchas de las especies animales que habitaban el Parque.

Dejando atrás los cuerpos sin vida de varias decenas de cebras, jirafas e hipopótamos se dirigió al lugar donde reposaban cinco ejemplares de rinoceronte blanco. No hubiera hecho falta que el Director del Parque le hubiera informado de ello: como era de suponer a los cinco les faltaban los dos cuernos. Pero si creía que lo había visto todo el inspector Soninké se equivocaba. A escasamente un kilómetro de la charca los cuerpos de treinta y cinco ejemplares de elefantes, todos ellos con los colmillos serrados, yacían esparcidos a lo largo de una hectárea. Machos, hembras y crías de varias edades habían caído fulminados sin que el agente causante de su muerte les hubiera ofrecido el tiempo necesario para llegar al lugar donde durante generaciones lo habían hecho cientos de sus antepasados.

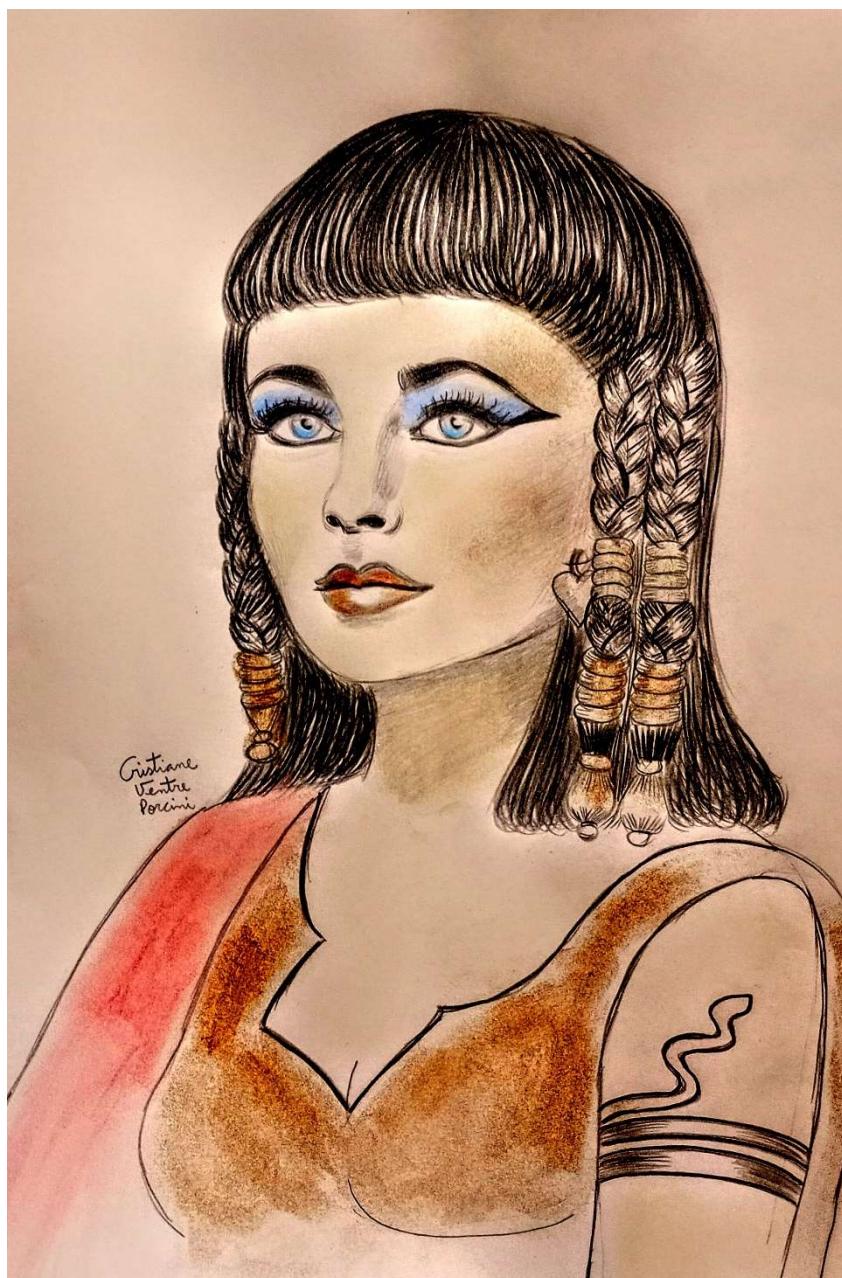
El inspector Soninké notó como la bilis le ascendía hasta la boca y hubo de hacer un esfuerzo titánico para contener la rabia que se estaba apoderando de su ser. Rabia que no podía dirigir contra nadie porque los traficantes de marfil, autores de tamaña crueldad, pertenecían a una esfera vetada a la mayoría de los mortales -al menos, a la mayoría de los mortales sudafricanos- y a la que, desgraciadamente, tampoco solía llegar el largo brazo de la ley.

Podía haber regresado esa misma tarde a Johannesburg, pero el inspector Soninké no tenía ánimo para conducir. Además, los análisis del agua de la charca estarían disponibles la mañana siguiente y, aunque no albergaba duda de que las muertes habían sido provocadas por un envenenamiento del agua, podría regresar conociendo el agente químico que las había causado. El inspector Soninké despertó con la sensación de no haber dormido en toda la noche. Antes de regresar a Johannesburg se tomó un par de cafés y con su pequeña bolsa de viaje en la mano se subió al jeep y encendió el radiocasete. Fue escuchando música todo el camino, pero en esta ocasión su admirado Lucky Dube no consiguió elevar su ánimo.

En cuatro o cinco ocasiones se encontró repasando los síntomas que acompañaban la ingestión de cianuro por un ser humano, antes de provocar su muerte, –opresión en el pecho, dolor de cabeza, náuseas, vómitos, taquicardia, confusión, dificultad respiratoria y convulsiones– e imaginando lo que habrían sufrido todos esos bellos ejemplares hubo de hacer grandes esfuerzos para que su mente racional cuestionara lo que su corazón se empeñaba en dictarle. Al llegar a comisaría su cabeza hacía rato que había ganado la batalla. Ya no deseaba una muerte cruel a los autores del envenenamiento. Se conformaba con que el informe que comenzaría a redactar en unos pocos minutos no acabara cubriendo el fondo de ninguna papelera.



EL RINCÓN DE CRISTIANE



El fantasma de Vicky

Ivon Blandón

En las orillas de la ciudad vivía solo, en una casa habitación, dando por hecho que no encajaba en esa sociedad, por lo que, en mi abruma, me la pasaba sentado en mi escritorio que ocupaba la esquina de mi cuarto, la cual estaba arriba adjunto al baño, donde leía mis libros universitarios o hacia la tarea. Pero esa noche de invierno no estaba leyendo, ni siquiera un poco, solo estaba disgustado, esperando el sueño. Cuando estaba dormitando, me pareció escuchar un ruido, que no me convenció como para alarmarme. Despues fue un estrépito, tirando sin duda mi botella de cerveza al empujar la ventana del patio trasero, que dejé intencionalmente, ya que la ventana no cerraba del todo, habiendo tantos hurtadores. Así que al sentirme invadido, pasé al baño para tomar el palo de escoba que tenía arrinconado allí, luego bajé sigilosamente hacia la sala, pudiendo avistar una silueta esculcando en mis cosas, pero era tan poco perceptible, así que encendí la luz, llevándome la sorpresa de mi vida, y el supuesto hurtador un susto que expresó con un chillido.

Este ladrón era apenas una niña, como de dos años. La descubrí casi metida por completo en la caja abierta de la alacena, tirando al piso todas las cosas que no le interesaba.

—Pero ¡¿quién eres!? —reaccioné muy confundido, tanto así que hasta el sueño se me había quitado.

Ella me respondió con una voz muy asustada y a la vez angelical:

—¡Soy Vicky, y tú eres la persona que me ha dado el peor susto de mi vida!

Aparté de mí el palo de escoba y procedí a alzarla tomándola desde las costillas, para luego decirle:

—No tengo la más mínima idea de lo qué estés buscando, pero ahora mismo tus padres deben de estar muy preocupados por ti.

Ella solo agitó sus pies, y yo accedí a bajarla.

—Solo me escapé provechosamente para enfrentarme con vicisitudes —ella giró la mirada hacia los lados—. No le vayas a decir a nadie que estoy aquí.

—¿Te ocultas de alguien?

—No —contestó con toda normalidad.

Por la resaca del sueño, me quedé viendo sus lindas expresiones. Pero al vociferar, me di cuenta que encontró unas pinturas que yo había guardado por allí, y que había olvidado. Luego procedí a apartarla de la alacena, al notar que podría caerle encima.

Ya en suelo firme, le abrí los envases y comenzó a impregnar sus huellas en mis paredes. Le dije que no se le ocurriera tocar mi sillón, pero a pesar de mi advertencia, corrió hacia ella, y yo la alcance, cargándola entre mis brazos antes de que la alcanzara a manchar. Aprovechamos entonces la posición de manos para bailar, como dos locos afectados por la luz de la luna, hasta que poco después empezo a bostezar. Pero antes, había mirado unas galletas de mantequilla sobre la alacena, con las que le serví también un poco de leche. Despues la acomodé en el cuarto que estaba allí mismo, junto a la sala.

Aprecié tanto su compañía, que me había olvidado buscar a sus padres, por lo que fui a asomarme por la ventana que daba hacia la calle, pero no había nadie, así que volví al cuarto donde la había dejado, percatándome de que la pequeña ya no estaba en su lugar.

De manera precipitada, me puse a buscarla, sin hallarla en ningún lado. La última pista que me había dejado eran pedazos de papel de mis anteriores apuntes que daban hacia el patio, por donde había ingresado. Pero cuando salí, tampoco la encontré. Me quedé allí mismo pensando que vendría a mí de nuevo, ya que una de sus galletas que dejó en la mesa, la había envuelto en un papel periódico como para llevar. De pronto, escuché que alguien tocaba la ventana de la calle, donde fui corriendo con ánimos, pero era solo el viento que empujaba el vidrio flojo de los fierros oxidados de la ventana. Allí me percaté de que se me había olvidado revisar arriba, a lo que subí, apagando primero la luz de la sala.

Al pasar al baño y luego a mi cuarto, llegué a sentarme nuevamente en lo que era mi escritorio, y al instante me llegó el sueño...

Sin siquiera notarlo, soñé que Vicky, había regresado a casa por sus galletas, y mientras me veía, se agitaba de alegría...

No me fue extraño ese nuevo escándalo en la sala que me despertó de ese sueño. Estaba seguro de que era ella, y porque lo había soñado, Vicky, había regresado a casa.

Brinqué de la silla y bajé corriendo a la sala para recibirla, llamándola por su nombre. Pero cuando encendí la luz, gran desprecio me había dejado la noche con esa horrorosa rata de alcantarilla, que tenía el tamaño de un conejo y tan vieja que sus pelos se desprendían de su cuerpo. La encontré comiendo de las galletas que habían sobrado en la mesa. Fue tanto el desprecio que sentí al encontrarla sobre la mesa, que el animal saltó despavorido por el patio trasero.

Entonces, repentinamente, un gato negro aún más grande, saltó sobre su presa, atrapándolo por la cabeza, la cual sacudió ferozmente dos o tres veces, y luego se detuvo cuando notó mi presencia para mirarme de manera fija con sus ojos asesinos, mientras que su víctima,

con sus dos patas traseras llenas de tinta, se sacudía desesperadamente en su agonía, sin que el otro se inmutara. Para entonces, percibí un olor fétido en mi ropa que llevaba puesta, lo cual hizo que notara los pelos de la misma rata al agachar la cabeza. Y cuando regresé la mirada, el felino había brincado por la barda del vecino, desapareciendo para siempre con ese roedor, que me dejó pequeñas huellas coloridas por toda la casa.

Alexander de Jesús
Rivera



El último librero

Monólogo para la madrugada

Cuatro de la mañana. Llevo siete horas empaquetando libros y aún no he terminado con la estantería de la entrada. Voy lento, lo sé. Cada libro me detiene, me cuenta algo, me pide que le dé una oportunidad más. Como si fuera el médico que apaga las máquinas una por una.

Dámaris ronca suavemente en el sillón. Lleva puesta mi camisa de franela azul, la que uso para limpiar las estanterías altas. Tiene una arruga en la mejilla que le ha dejado el cojín de terciopelo rojo —el que compramos en el Rastro cuando pensábamos que esto iba a durar para siempre.

Acabo de guardar el último Machado. Treinta y un años esperando un comprador. Treinta y un años. Cuando llegó, en la primera remesa del 93, España acababa de estrenar democracia cultural y yo tenía la certeza de que la poesía se vendería sola. Qué idiota. Pero qué idiota tan necesario.

—¿Sabes qué es lo que más me jode? —le digo a Dámaris, aunque esté dormida—. Que tenga que cerrar el mismo día que Amazon anuncia beneficios récord. No me contesta, claro. Pero sé lo que me diría: que no es culpa mía, que hice lo que pude, que treinta años no es poco tiempo. Dámaris siempre me ha consolado diciéndome verdades que no sirven para nada.

Marzo del 93. Veintitrés años, recién casado, una hipoteca que me quitaba el sueño y una intuición que me parecía genial: abrir una librería en el barrio donde había crecido. En la calle Cuchilleros, entre la carnicería de Manolo y la mercería de las hermanas Quintero. Madrid todavía olía a Madrid en esa época. A churros de domingo, a tabaco de liar, a conversaciones de portal.

Mi primer cliente llegó el segundo día. Un hombre mayor, elegante, con un bigote cano perfectamente recortado y gafas de pasta. Entró despacio, como quien entra en una iglesia, y se acercó al mostrador.

«¿Es usted el librero?», me preguntó.

«Sí, señor».

«Me llamo Andrés Rosales. He vivido toda la vida en este barrio y he visto cerrar muchos comercios. Pero nunca había visto abrir una librería». Hizo una pausa.

«¿Tiene Cien años de soledad?».

«Sí, señor. Aquí lo tengo».

Se lo puse en las manos y lo acarició como quien acaricia a un gato. «¿Es cierto que es tan bueno como dicen?»

«Mejor», le contesté, aunque yo mismo no lo había leído todavía. Era una apuesta, un acto de fe. Tres días después volvió. Tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado. «Tenía usted razón», me dijo. «Pero no me había dicho que dolía tanto».

«¿Dolor?»

«Sí. Me ha hecho recordar cosas que creía olvidadas. Mi infancia en Colombia, antes de la guerra. Mi padre, que murió cuando yo tenía doce años. La casa donde crecí, que ya no existe». Me miró fijamente. «Los libros buenos duelen, ¿verdad?»

«Los mejores», le dije.

«¿Qué más me recomienda de este García Márquez?» Ahí entendí el negocio. No vendía libros. Vendía la posibilidad de recordar, de sentir, de doler un poco para luego estar más vivo.

Durante años fui el dealer de la curiosidad del barrio. «Esto le va a encantar», «Déjeme ponerle algo distinto», «Pruebe, que si no le gusta se lo cambio». Y funcionaba. Rosa se convirtió en adicta a Isabel Allende. Damián, el electricista, descubrió a través de mí que le gustaba la historia militar. Carmina, la secretaria del juzgado, se enganchó a la novela negra nórdica y ahora conoce Estocolmo mejor que Madrid.

Pero algo cambió. No sé exactamente cuándo. Fue gradual, como esas enfermedades que no duelen hasta que es demasiado tarde. La gente empezó a tener menos tiempo. Primero fueron las conversaciones, que se acortaron. Despues, las visitas, que se espacian. Al final, los clientes empezaron a entrar con una lista en la mano y prisas en los ojos.

«¿Tiene El código Da Vinci?» «¿Cuánto cuesta?» «Está más barato que en El Corte Inglés».

Y luego, la pregunta que se convertiría en la banda sonora de mi ruina: «¿Cuánto vale en Amazon?»

Amazon. Siete letras que cambiaron mi vida. Al principio me daba risa. «¿Cómo van a comprar libros sin verlos?», le decía a Dámaris. «¿Sin tocarlos, sin que nadie se los recomiende?»

Qué ingenuo. Ellos no vendían libros. Vendían tiempo. El tiempo que te ahorrabas no saliendo de casa, no hablando con nadie, no descubriendo nada por casualidad. Y nosotros, ¿qué vendíamos? Perdimos el tiempo. Pero perderlo bien, perderlo a gusto, perderlo de manera que al final no estuviera perdido.

Esa fue mi primera intuición equivocada. Pensar que la gente quería seguir perdiendo el tiempo.

Recuerdo el día exacto en que me di cuenta de que había perdido la batalla. Entró Carmina, mi lectora de novela negra, y se pasó una hora hablando conmigo sobre Camilla Läckberg. Le expliqué toda la evolución de la novela nórdica, le recomendé a Åsa Larsson, le

hablé de Henning Mankell. Tomó notas en su móvil. Al final me dijo: «Perfecto. Me apunto los títulos y los pido por internet. Aquí son carísimos».

Ese día entendí que me había convertido en el empleado no remunerado de Amazon. Yo ponía el conocimiento, la paciencia, la pasión; ellos ponían el precio. Era como ser el confidente de una mujer que luego se acostaba con otro porque tenía más dinero.

Intenté competir. Qué risa. Monté una página web que me costó dos meses de facturación y que visitaba mi sobrina cada quince días. Me apunté a todostuslibros.com, abri perfiles en Facebook, Instagram, Twitter. Convertí las tardes en circo cultural: presentaciones de libros, clubs de lectura, talleres de escritura creativa, cuentacuentos para niños. El local se llenaba. Venía gente de otros barrios, estudiantes, escritores en cierres, jubilados con ganas de charlar. Pero después compraban los libros por internet. Yo les daba el espectáculo gratis; Amazon les daba el descuento.

Y mientras tanto, el barrio se transformaba. Manolo vendió la carnicería; ahora hay una tienda de móviles. Las hermanas Quintero se jubilaron; llegó un nail bar regentado por dos chicas que hablan un español que suena a Google Translate. El bar de Julián se convirtió en un Starbucks donde nadie conoce a nadie y todo el mundo mira su teléfono. Los nuevos vecinos son distintos. Más jóvenes, más guapos, más estresados.

Trabajan en startups, en consultorías, en no sé qué hostias digitales. Compran en Mercadona, piden comida a domicilio, se mueven en patinete eléctrico. Si necesitan un libro, Amazon Prime. Si quieren cultura, Netflix. Si buscan comunidad, Instagram. Yo era un dinosaurio. Un Tiranosaurio Rex de la cultura analógica esperando el meteorito digital.

Las facturas siguieron llegando: alquiler, luz, autónomos, seguro, proveedores. Los ingresos se desplomaron como un suicida. Dámaris tuvo que volver a trabajar fuera. «Solo hasta que esto remonte», me decía. Pero los dos sabíamos que ya no iba a remontar. Los dos sabíamos que yo era el capitán de un barco que se hundía en cámara lenta.

El primer mazazo llegó con la crisis del 2008. Cinco años de penurias, de meses sin cobrarme, de mirar las facturas como quien mira las cartas de la ruleta rusa. Resistí porque era joven, porque tenía esperanza, porque todavía creía que las cosas malas se acababan solas. El segundo mazazo fue la pandemia. Dos meses cerrado, con el alquiler corriendo y los libros agonizando en las estanterías. Cuando reabrimos, el mundo había cambiado para siempre. La gente había aprendido que se podía vivir sin salir de casa. Que todo llegaba a casa. Que la vida se podía resumir en una pantalla. Algunos clientes volvieron. Los irreductibles. Los románticos. Los que entendían que esto era algo

más que un sitio donde comprar libros. Pero eran pocos. Y cada vez más mayores. Y cada vez más tristes. El tercer mazazo llegó hace dos meses. Carta certificada del propietario: «No renuevo el contrato. La cadena de ropa paga el triple de alquiler». Triple. Por el mismo espacio donde yo había montado una universidad popular de bolsillo, ellos iban a poner perchas con ropa hecha por niños de Bangladés.

Intenté traspasar el negocio. «Se traspasa librería con clientela consolidada», mentía el anuncio. En dos meses vinieron cuatro personas. Una pareja de hipsters que querían convertir esto en una cervecería artesanal. Un empresario que hablaba de «optimizar el espacio» y «diversificar la oferta». Una chica de veinticinco años que usaba palabras como «sinergia» y «disrupción» sin sonrojarse. Y un tipo de mi edad que se marchó en cuanto vio los números. Nadie quería comprar una librería. Todo el mundo quería comprar un local.

Así que aquí estoy, empaquetando una vida. Los libros que nadie quiso van a un distribuidor que los venderá a peso. Los muebles que hice con mis manos acabarán en Wallapop. El mostrador donde Dámaris me ayudaba a envolver regalos navideños será desguazado esta tarde.

Pero lo que más me duele no son los libros. Es la certeza de que con esta librería se muere algo que no tiene nombre. La posibilidad de descubrir un libro por casualidad. El placer de perderse entre estanterías sin saber qué buscas. La conversación con un desconocido que te recomienda algo y acierta. Se muere la serendipia. Esa palabra tan bonita que significa encontrar algo valioso cuando no lo buscabas.

Ahora todo es algoritmo. «Quien compró esto también compró aquello». Pero un algoritmo no puede decirte: «Oiga, este libro me recuerda a usted. No sé por qué, pero tengo la sensación de que le va a gustar». Y yo tenía razón en ocho de cada diez ocasiones. Ochenta por ciento de aciertos construidos con treinta años de conversaciones. Cojo el último libro que queda en la estantería de la entrada. Es Cien años de soledad, el mismo ejemplar que me devolvió hace quince años Andrés. Estaba enfermo, cáncer de pulmón, y vino a la librería una tarde de diciembre con el libro en las manos.

«Se me ha roto», me dijo, pero no era verdad. El libro estaba perfecto.

«¿Qué pasa, Andrés?»

«Que me muero», me dijo con una sonrisa triste. «Y quiero que se quede con usted este libro. Es el primero que me vendió hace treinta años. El que me enseñó que leer podía ser un vicio hermoso, pero también una medicina». «¿Medicina?»

«Sí. Cuando leí lo de Úrsula Iguarán cuidando a su marido hasta el final, entendí cómo quería que fuera mi propia muerte. Sin amargor, aceptando el ciclo. Como ella». Me miró con esos ojos que ya sabían cosas que yo no sabía. «Este libro me va a sobrevivir. Pero

quiero que usted sepa que me enseñó a morir bien». Murió tres meses después. Su viuda, Auri, me trajo una nota que había escrito para mí: «Gracias por recomendarme todos esos libros que me dolieron. Gracias por enseñarme que doler era otra forma de estar vivo».

Ahora tengo el libro entre las manos. Las páginas están sueltas porque lo he releído cientos de veces en estos quince años, buscando entender qué vio en él Andrés. Y ahora, en esta madrugada final, por fin lo entiendo. Los Buendía no solo sufren la soledad. La abrazan. La convierten en algo hermoso. Como Andrés convirtió su muerte en una lección. Como yo voy a convertir este cierre en algo más que una derrota.

Lo abrazo contra el pecho y me doy cuenta de que estoy llorando. Pero no lloro por mí, ni por la librería, ni siquiera por el final de una época. Lloro de agradecimiento. Por haber sido durante treinta años el intermediario entre las historias y las personas que las necesitaban. Por haber visto cómo un libro podía enseñar a alguien a morir bien. Por haber sido testigo de esa magia inexplicable que sucede cuando las palabras exactas encuentran al lector exacto en el momento exacto.

Dámaris se despierta y me encuentra llorando con el García Márquez en los brazos. Se levanta, me trae un café con leche y se sienta a mi lado. No pregunta por qué lloro. Ella también conocía a Andrés. Ella también sabe que algunos libros son más que libros.

«¿Sabes qué es lo que más me jode?», le digo cuando se me calman las lágrimas.

«¿Qué?»

«Que cierren el último sitio del barrio donde podían pasar estas cosas».

«¿Qué cosas?»

«Que un libro te enseñe a morir bien. Que una novela te ayude a recordar a tu padre. Que una conversación de cinco minutos con un librero cambie lo que vas a leer los próximos diez años».

Dámaris sonríe. «Eso no se cierra con una librería».

«¿No?»

«No. Eso vive en todas las personas que pasaron por aquí. En todos los libros que se llevaron. En todas las conversaciones que tuvieron contigo. Andrés murió hace quince años, pero su manera de leer sigue viva en ti. Y tu manera de recomendar libros va a seguir viva en todos tus clientes».

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Son las cinco y media de la mañana. En dos horas vendrán por las cajas. En seis horas entregará las llaves. En doce horas, esto será solo un local vacío esperando a que lo llenen de ropa fabricada por niños en Bangladés.

Pero Andrés tenía razón: los libros nos sobreviven. Y las conversaciones sobre libros también. Y la certeza de que en algún lugar, alguien está descubriendo que leer

puede ser un vicio hermoso, una medicina, una forma de doler que te deja más vivo.

Abro el Cien años de soledad por la página donde Úrsula Iguarán cuida a José Arcadio Buendía hasta el final. Leo en voz alta: «Entonces comprendió que tampoco ella podría sublevarse contra el peso de cien años de soledad».

«Pero no se sublevó», le digo a Dámaris. «Los abrazó. Los convirtió en sabiduría».

Dámaris me besa en la frente. «Como tú».

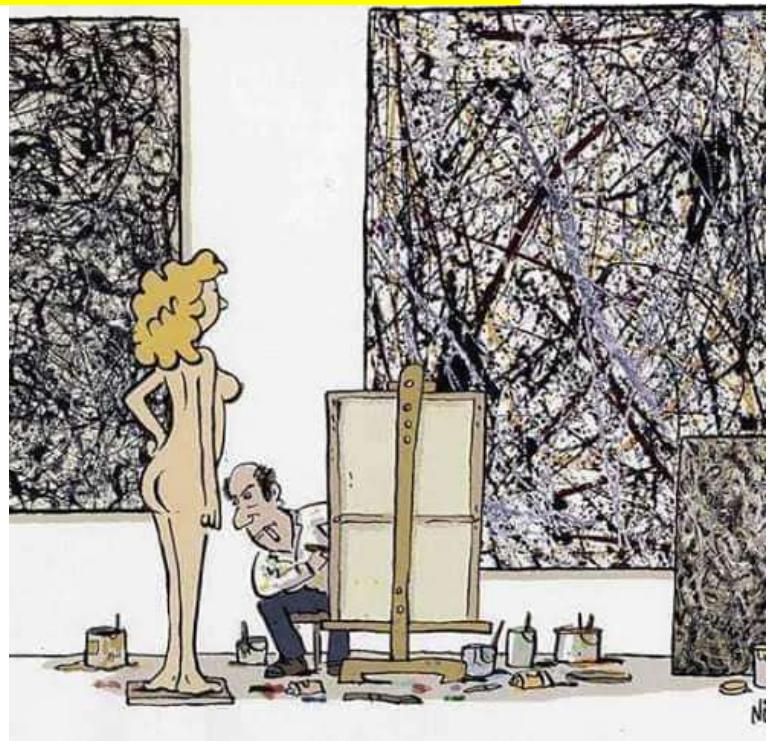
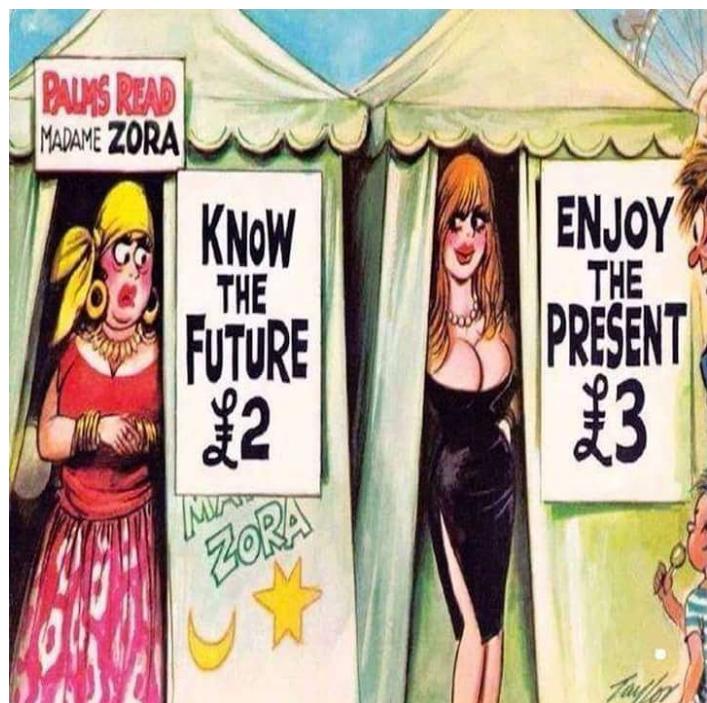
En este instante, en esta madrugada que se acaba, con este libro roto entre las manos y el sabor del café con leche en los labios, siento algo que no esperaba sentir: paz. Mañana comenzará otra vida. Pero esta madrugada he cerrado un círculo perfecto. El mismo libro que me enseñó a ser librero me está enseñando ahora a dejar de serlo.

Y eso, contra todo pronóstico, me parece hermoso.

Manuel A Del Rosario



Página 30 Visto en redes

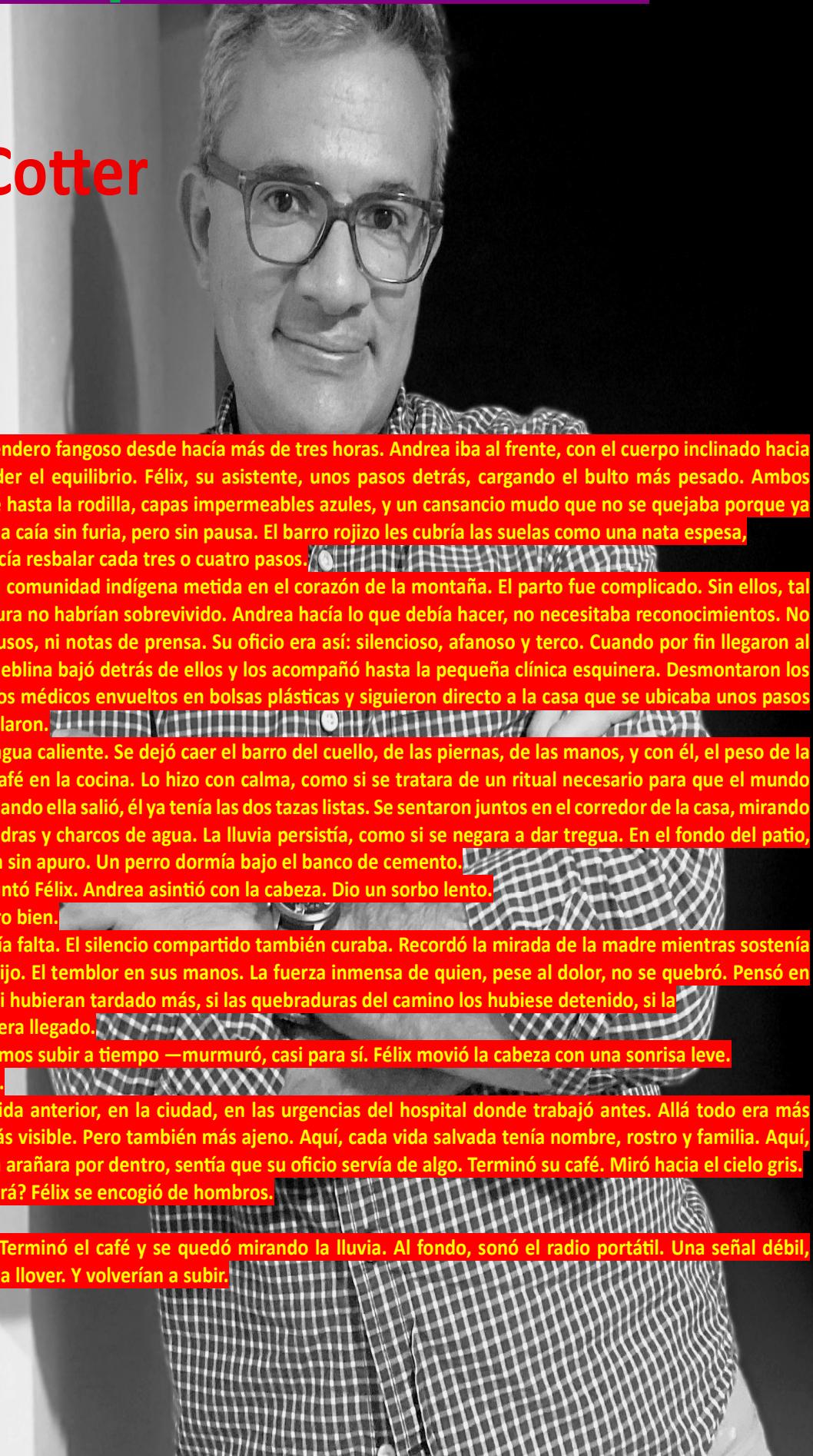


VITAMINAS PARA UN CORAZÓN SANO



Lo que trae la lluvia

Kevin Cotter



Bajaban a pie por el sendero fangoso desde hacía más de tres horas. Andrea iba al frente, con el cuerpo inclinado hacia adelante para no perder el equilibrio. Félix, su asistente, unos pasos detrás, cargando el bulto más pesado. Ambos llevaban botas de hule hasta la rodilla, capas impermeables azules, y un cansancio mudo que no se quejaba porque ya era costumbre. La lluvia caía sin furia, pero sin pausa. El barro rojizo les cubría las suelas como una nata espesa, traicionera, que los hacía resbalar cada tres o cuatro pasos.

Volvían de El Alto, una comunidad indígena metida en el corazón de la montaña. El parto fue complicado. Sin ellos, tal vez la madre y la criatura no habrían sobrevivido. Andrea hacía lo que debía hacer, no necesitaba reconocimientos. No buscaba fotos, ni aplausos, ni notas de prensa. Su oficio era así: silencioso, afanoso y terco. Cuando por fin llegaron al centro del pueblo, la neblina bajó detrás de ellos y los acompañó hasta la pequeña clínica esquinera. Desmontaron los bultos, los instrumentos médicos envueltos en bolsas plásticas y siguieron directo a la casa que se ubicaba unos pasos detrás. Ni siquiera hablaron.

Andrea se duchó con agua caliente. Se dejó caer el barro del cuello, de las piernas, de las manos, y con él, el peso de la noche. Félix preparó café en la cocina. Lo hizo con calma, como si se tratara de un ritual necesario para que el mundo no se desmoronara. Cuando ella salió, él ya tenía las dos tazas listas. Se sentaron juntos en el corredor de la casa, mirando hacia el camino de piedras y charcos de agua. La lluvia persistía, como si se negara a dar tregua. En el fondo del patio, las gallinas escarbaban sin apuro. Un perro dormía bajo el banco de cemento.

—¿Todo bien? —preguntó Félix. Andrea asintió con la cabeza. Dio un sorbo lento.

—Sí. Solo cansada. Pero bien.

Él no dijo más. No hacía falta. El silencio compartido también curaba. Recordó la mirada de la madre mientras sostenía por primera vez a su hijo. El temblor en sus manos. La fuerza inmensa de quien, pese al dolor, no se quebró. Pensó en lo que habría pasado si hubieran tardado más, si las quebraduras del camino los hubiese detenido, si la señal de radio no hubiera llegado.

—Que dicha que logramos subir a tiempo —murmuró, casi para sí. Félix movió la cabeza con una sonrisa leve.

—Siempre lo hacemos.

Andrea pensó en su vida anterior, en la ciudad, en las urgencias del hospital donde trabajó antes. Allá todo era más limpio, más rápido, más visible. Pero también más ajeno. Aquí, cada vida salvada tenía nombre, rostro y familia. Aquí, aunque el cansancio la arañara por dentro, sentía que su oficio servía de algo. Terminó su café. Miró hacia el cielo gris.

—¿Creés que escampará? Félix se encogió de hombros.

—Seguramente no.

Andrea no dijo nada. Terminó el café y se quedó mirando la lluvia. Al fondo, sonó el radio portátil. Una señal débil, intermitente. Volvería a llover. Y volverían a subir.